

PRÓLOGO

El día 21 de octubre de 2000 tuvo lugar la clausura del Proceso Diocesano sobre la vida, fama de santidad y virtudes del Siervo de Dios Don José Rivera.

La clausura de un proceso tiene siempre sabor a cosecha. Significa el final de las investigaciones y la presentación y entrega de los datos recogidos durante el Proceso, al Obispo para que envíe copia fiel de todo a Roma. Y esta vez el fruto de los esfuerzos realizados por los miembros del Tribunal diocesano y por los investigadores ha sido copioso. He visto pocos procesos con testimonios tan vivos y convincentes, con documentos y escritos tan completos y profundos como el de don José Rivera. Y aunque es verdad que en esta fase diocesana del proceso no se emite juicio alguno sobre la santidad del Siervo o Sierva de Dios, una visión global de los testimonios y documentos, el mayor o menor entusiasmo que acompaña la clausura, el aire que se respira entre los participantes, dan pie a formarse un primer juicio sobre la Causa.

Como postulador y abogado de las Causas de los Santos, me ha tocado asistir a la clausura de muchos procesos diocesanos. Y debo confesar que pocas veces he recibido un impacto tan fuerte como en la clausura del proceso de don José Rivera. Las magníficas conferencias que acompañaron la clausura, el entusiasmo profundo y sereno sin bullicios mundanos de tantos y tantos sacerdotes y fieles que acompañó la ceremonia, el aura de espiritualidad que aleteaba en esos días por las vetustas calles de Toledo, la figura austera y a la vez humana de don José me produjeron un impacto imborrable.

Don José, el sacerdote que tuvo siempre su mirada centrada en Dios, el que pasaba desde estudiante largas horas de la noche en profunda oración, el que gozó como un niño cuando le permitieron conservar el Santísimo en su casa, el que se desprende de todo para darlo a los pobres, el que convence a sus hermanos los sacerdotes a cederle parte de sus magros estipendios antes de cobrarlos para ayudar a alguna persona necesitada, el que soñaba con retirarse a una barraca para vivir como los pobres a quienes asistía (sufrió porque lo tomaron por loco y se lo prohibieron), el cura de espiritualidad varonil bien puede presentarse como modelo del sacerdote del tercer milenio.

Pacífico e impetuoso en las cosas de Dios y de la Iglesia, humilde y

sabio, rígido y a la vez blando como una madre ante las necesidades de los hermanos, enamorado de Cristo y de su Iglesia, a la que desea pura y santa y por la que está dispuesto a dar su vida, enemigo de convencionalismos y de la mediocridad, austero consigo mismo y comprensivo con los demás, pensador de intuiciones profundas, maestro de la vida espiritual que enseñaba sus propias vivencias, limosnero de la ciudad, todo eso era don José Rivera. Las conferencias que nos regalaron en los días precedentes a la clausura del Proceso y que ahora se publican para provecho y delicia de los devotos de don José explican en bella síntesis todas esas facetas del Siervo de Dios, expuestas más ampliamente y probadas en las Actas del Proceso que serán sometidas pronto a un riguroso examen de peritos en teología y en las ciencias del espíritu.

Un grupo de teólogos en primera instancia, y otro grupo de obispos y cardenales en segunda, examinarán con escrupulosidad los testimonios dados sobre don José, los escritos y documentos del Proceso, y responderán a la pregunta: ¿Si ejerció el siervo de Dios durante la vida las virtudes en grado heroico? En caso afirmativo, será el Papa quien confirmará, si lo creyera oportuno, la sentencia de los obispos y cardenales. Si además Dios, como esperamos, pone su mano y opera algún milagro por la intercesión de don José, sería declarado beato.

Sin anticipar juicio alguno, desde ahora podemos decir que tenemos pruebas suficientes para demostrar que don José Rivera fue un héroe de la santidad. Por otra parte su fama de santidad se está difundiendo cada vez más y son ya numerosos los favores atribuidos a su intercesión. Creo poder afirmar que tenemos los requisitos necesarios para esperar con confianza en la beatificación de nuestro querido don José.

Roma, 12 de marzo de 2001.

Fr. Romualdo Rodrigo
Postulador

"PROCESO DE UN PROCESO"

Por Fernando Fernández de Bobadilla.

Introducción

Esta primera charla se titula "*Proceso de un proceso*". El hecho de que se me haya encargado pronunciarla a mí se justifica, simplemente, por haber sido el vicepostulador de la causa de canonización. Seguramente cualquier otro podría pronunciar otra charla más profunda, más brillante, más fervorosa y más edificante. A mí me toca charlar con vosotros del "*Proceso de un proceso*". Ya nos recordaba D. Félix del Valle en la primera charla que pronunció, también desde aquí -cuando ésta era la Capilla del querido Seminario de Santa Leocadia- como preparación para la Apertura del Proceso de Canonización, en Noviembre de 1998, que un proceso es como un itinerario de asimilación, como la evolución de una digestión en la cual vamos recibiendo unos alimentos, asimilándolos y haciendo propias las substancias que contienen y que nos nutren y alimentan.

Pues bien, esto es lo que ha sido también el *proceso* de D. José Rivera. Ha habido que ir siguiendo un *iter*, un camino marcado por las normas de la Iglesia para recoger cuantos datos fuesen necesarios acerca de la vida, virtudes, y fama de santidad del Siervo de Dios.

En este proceso se ha recorrido un camino precioso y riquísimo, lleno de vida, de huellas y de gestos del Siervo de Dios, aportados por el testimonio de personas concretas, hombres y mujeres: obispos, sacerdotes, religiosos, religiosas, personas consagradas en institutos seculares y fieles laicos del Pueblo Santo de Dios. En este proceso se han ido recopilando los documentos que dan noticia histórica de D. José Rivera y, además, los escritos personales que revelan algo -sólo algo- del misterio de su asombrosa vida interior.

Todo ello ha ido formando un abultado y riquísimo material que es lo que la Iglesia, nuestra Madre, en Roma, tendrá que estudiar a fondo, bajo la luz del Espíritu, para descubrir los signos que evidencien con toda claridad la santidad de vida del Siervo de Dios; es decir, que la gracia del Señor ha triunfando en la persona de D. José Rivera y se ha manifestado nítidamente en una vida de virtudes heroicas.

Pero nada de este trabajo, nada de este proceso, tendría sentido si no es para asimilar tantísima riqueza y si no es para impulsarnos a desear y a

trabajar por la santidad que Dios quiere para cada uno de nosotros, como la ha querido para D. José Rivera.

Por tanto, al hablar esta noche del *Proceso de un proceso*, quisiera dividir esta charla en dos partes y referirme a dos procesos: uno, el proceso de canonización de D. José Rivera; el otro, el proceso de santificación vivido por D. José Rivera, que debe ayudarnos para nuestro proceso de santificación personal.

I. EL PROCESO DE CANONIZACIÓN

Un poco de historia

Recordemos un poco, partiendo del pasado para llegar a situarnos en el momento actual. Porque todo es gracia de Dios; gracia que se encarna en la historia, en nuestra historia personal y eclesial.

Estamos celebrando el Año Jubilar del 2.000 aniversario de la Encarnación del Verbo. Lo que celebramos es que el Hijo del Dios Invisible, Eterno como el Padre, se ha hecho carne, ha entrado en la historia, ha entrado a formar parte de la Historia de la Humanidad redimiéndola. El Infinito y Eterno ha entrado en el espacio y en el tiempo, y ha realizado la obra de la Redención en la historia, en el espacio y en el tiempo. Él mismo ha fundado la Iglesia para que comunique la gracia que redime y santifica a cada persona, también en la historia, en el espacio y en el tiempo. La gracia de Dios se ha hecho histórica, cae sobre cada individuo en el espacio y en el tiempo; aquí y ahora para nosotros.

Es importante que caigamos en la cuenta de que es a nosotros a quienes se nos concede participar en la Clausura de esta fase diocesana del Proceso de Canonización de D. José, y no les ha sido concedida a quienes nacerán dentro de cinco años, ni a quienes murieron hace tres. Se nos concede a nosotros, en nuestra historia personal. Y algo querrá decirnos el Señor cuando, en nuestra historia personal, nos concede este acontecimiento de gracia. Por tanto, hace falta que nos dispongamos, que nos preparemos para recibir este alimento de la gracia de Dios y podamos digerirlo, asimilarlo en nosotros y hacerlo propio para que también dé frutos históricos y eternos.

Todos sabemos que el Siervo de Dios José Rivera, el 13 de Marzo de 1991, sufrió un infarto de miocardio cuando iba en autobús hacia Los Yébenes -mi actual Parroquia-, para atender espiritualmente a unos sacerdotes jóvenes. Fue ingresado en la U.V.I. del Hospital Virgen de la Salud de Toledo

y, tras recibir los auxilios divinos en los Sacramentos y ser purificado en el silencio y en el misterio del dolor, culminó su ofrenda el 25 de Marzo. Los días de hospitalización fueron para él, sin duda, días de purificación y santificación interior. Para muchos de nosotros fueron días en los que se nos ofrecía la gracia de ser testigos de la muerte de un sacerdote santo, y días en los que se nos ofrecía la gracia de caer en la cuenta de lo grande que se había mostrado Dios con nosotros a través de D. José.

Las exequias se celebraron el día 26 de Marzo, y muchos de vosotros lo recordaréis porque estuvisteis presentes. Aquellas exequias revelaban que no se trataba de un entierro corriente; y no solamente porque el cadáver no iba a ser depositado en tierra, pues D. José lo había donado a la Facultad de Medicina, sino porque todo el ambiente de aquellas exequias estaba saturado de algo especial. Dios nos estaba hablando. No era un ambiente de dolor, ni tampoco de euforia; era un ambiente en el que se respiraba una emoción contenida, una certeza interior profunda, un gozo por lo que había acontecido y, también, la suave pena por la falta sensible de un ser tan querido. Eran las exequias de un sacerdote santo.

En 1993 nos llegó la noticia de que el cadáver de D. José Rivera no había sido utilizado en las clases prácticas de anatomía de la Facultad de Medicina. Esta noticia venía a acrecentar la sospecha de que Dios nos hablaba y nos decía algo. La fama de santidad de D. José había llegado a la Cátedra del doctor Jiménez Collado. Éste había sabido, por medio de un ayudante cuya esposa es de un pueblo de Toledo, que aquel cadáver era de un sacerdote santo y decidió apartarlo. El cardenal, D. Marcelo González Martín, se interesó por estas noticias y pidió al catedrático que el cadáver de D. José pudiese volver a Toledo.

En el traslado del cadáver y en la celebración de las segundas exequias, el 24 de Marzo de 1994, volvió a respirarse el ambiente de hacía 3 años. Pero durante ese tiempo la gracia de Dios había seguido actuando a través de la publicación de algunos de los escritos íntimos de D. José Rivera, y pudimos profundizar algo más en el conocimiento de su riquísima personalidad, pudimos asombrarnos ante los destellos místicos que de su elevadísima y profundísima vida espiritual quedaban en sus escritos. Todo concurría para hacer crecer más y más la convicción de que estábamos viviendo un acontecimiento de gracia extraordinario. Dios actuaba y se manifestaba en todas estas circunstancias. La fama de santidad de D. José Rivera se iba acrecentando y extendiendo. Muchos percibimos cómo a las

segundas exequias habían acudido muchas personas que no conocieron a D. José en vida y que, sin embargo, se sabían vinculadas a él y agradecían su acción bienhechora.

El Sr. Arzobispo, D. Francisco Álvarez Martínez, al poco tiempo de llegar a la Diócesis se interesó por todo lo referente a D. José Rivera; y el 24 de Marzo de 1996, en la celebración del funeral por el alma del Siervo de Dios, de manera sorprendente, anunció en esta misma Capilla que deberían ser estudiadas la vida y las virtudes de D. José en un proceso canónico. Habían pasado sólo 5 años desde la muerte del Siervo de Dios. El 21 de Noviembre de 1998 el mismo Arzobispo abrió solemnemente este Proceso de Canonización.

Estos fueron los pasos previos a la apertura del Proceso. Podríamos hablar de un *proceso previo*; un proceso en el que el Señor fue calentando los corazones y preparando el ambiente en el que la noticia de la apertura del Proceso de Canonización de D. José Rivera fuese acogida como gracia suya, deseada y esperada por muchos. Y así se evidenció claramente el 21 de Noviembre de 1998 cuando fueron desbordadas todas las previsiones de asistencia en la apertura del Proceso de Canonización. Aquello fue muy expresivo. La fama de santidad de D. José había sido gustada en el corazón de muchos; y muchos quisieron manifestarlo acudiendo a la Sesión de Apertura del Proceso.

Proceso bajo la acción del Espíritu Santo

Ahora llegamos, después de estos dos años de trabajos intensos, a la clausura de la fase diocesana del Proceso de Canonización. Pero no debemos olvidar algo que es fundamental y de vital importancia. Durante estos dos años, desde el 21 de Noviembre de 1998, se ha ido recorriendo paso a paso, bajo la acción del Espíritu Santo, lo que la Iglesia misma nos manda. Ciertamente, se ha llevado a cabo un proceso canónico, con todo lo que lleva consigo de precisión jurídica, pero es un proceso en el que Dios viene interviniendo, con su luz, con su fuerza, dejando la huella de su gracia. Recordemos que en la Apertura del Proceso de Canonización celebramos la Santa Misa invocando al Espíritu Santo para que asistiese a la Iglesia en la instrucción de este Proceso de Canonización.

)Quién podría atreverse a instruir un proceso sobre la vida, virtudes y fama de santidad de un hijo de Dios y sacerdote de Jesucristo, o a formar parte del tribunal que lo instruyera, sin acogerse a la asistencia superior del

Espíritu Santo?. Así fue como el Sr. Arzobispo inició el Proceso y así fue como se constituyó el Tribunal para instruirlo. Todos los que han intervenido pidieron la asistencia de Dios y la ayuda de los Santos Evangelios al asumir sus responsabilidades como miembros del Tribunal. Así, confiados en la acción del Espíritu Santo, se ha venido trabajando durante estos dos años.

Quiero aclarar ahora algunas cuestiones que, técnicamente, tienen su importancia.

No fue constituido un tribunal para *juzgar* sobre la santidad y, por tanto, sobre la canonización de D. José Rivera. De modo que la clausura de esta fase del proceso no es Bcomo ya he aclarado en alguna ocasiónB algo así como una *canonización en tono menor*. No, no es una canonización. Es la clausura de un proceso de instrucción. El tribunal fue constituido para *instruir* el proceso; y para esa instrucción es para lo que fue invocado el Espíritu Santo. Esta fase ha sido un proceso en el que se han ido recogiendo los documentos, testimonios y pruebas necesarias para que otro tribunal, en otras instancias superiores y bajo la asistencia del mismo Espíritu Santo, investigue, estudie, discierna, juzgue y presente sus conclusiones sobre la santidad del Siervo de Dios.

No debemos confundir el final de esta fase de *instrucción* con el final del proceso de *canonización*. Esta confusión podría ser muy nociva para nosotros y para la misma marcha del proceso de canonización. Tenemos que evitar cualquier signo, cualquier cosa que pueda aparentar un culto público indebido a aquel que *todavía* no ha sido reconocido por la Iglesia como santo y puesto como modelo de santidad para todos los cristianos. Subrayo el *todavía* porque yo, personalmente, espero y deseo que un día la Iglesia lo reconozca así y nos regale a todos, como un don precioso, el modelo de vida cristiana y sacerdotal y la intercesión de D. José Rivera, en el que la gracia de Dios -yo estoy personalmente convencido- ha triunfado y se ha manifestado de manera tan espléndida.

Algunos datos de este proceso

Durante estos dos años, con una constancia y seriedad ejemplares, el tribunal se ha reunido en sesenta y ocho sesiones. Cincuenta testigos han aportado sus declaraciones orales. De esos cincuenta testigos han comparecido ante el tribunal en Toledo treinta y nueve. Los otros once han aportado sus testimonios por vía de *exhorto*; es decir, han declarado en las Diócesis donde residen, ante los tribunales constituidos allí por los

respectivos Obispos, que han enviado después a Toledo las actas de las sesiones celebradas.

En estas sesenta y ocho sesiones se han ido recogiendo las declaraciones orales de los testigos. Esto se ha realizado siguiendo el interrogatorio propuesto por el Promotor de Justicia, en el que se contienen preguntas sobre la vida, las virtudes y la fama de santidad del Siervo de Dios. Han sido examinadas todas y cada una de las virtudes, pidiendo a los testigos que aporten datos sobre cómo vivió el Siervo de Dios las tres virtudes teologales: la fe, la esperanza y la caridad; las cuatro virtudes cardinales: la prudencia, la justicia, la fortaleza y la templanza; las tres virtudes propias de los consagrados a Dios: la pobreza, la castidad y la obediencia; y, por último, la virtud de la humildad. Si no quedase probada la virtud de la humildad, todas las demás caerían absolutamente. Es imposible vivir la virtud cristiana sin humildad. Se llaman *virtudes heroicas* cuando todas son vividas de un modo tan constante, tan gozoso, tan intenso, tan extenso y tan elevado que resultan inexplicables sin la intervención sobrenatural de Dios, correspondida por el cristiano. Esta vivencia heroica de las virtudes se caracteriza por la humildad; es decir, por la conciencia y experiencia vivas de que es Dios el Autor de toda virtud y, por tanto, Señor de todo el mérito.

Examinando todas las virtudes, y respondiendo cada testigo a lo que conocía de D. José y de su vida, se han ido acumulando folios y folios de riquísimo contenido que, junto con los escritos del *Diario* del Siervo de Dios, las reflexiones de *Estudio* que realizó y que conservó en cuadernos, las *Cartas* que muchas personas conservaron y entregaron, las *Poesías* que él escribió, además de todos los *Documentos* oficiales sobre D. José, como partidas de Nacimiento, de Bautismo, partida del Matrimonio de sus padres, certificados escolares, expedientes de Ordenes, nombramientos, historial clínico, partida de defunción, etc. suman cerca de siete mil folios. Estos son los que se presentarán el próximo día 21 en la Catedral, como Actas del Proceso, para ser enviadas a Roma en cajas selladas y lacradas.

Una Comisión de Peritos en Historia ha estudiado la figura de D. José y también sus escritos, para presentar un informe sobre la persona y la obra del Siervo de Dios. Y dos Teólogos han tenido que leer y estudiar también esos escritos personales, para declarar que toda la doctrina expresada por D. José en sus escritos es conforme a la fe y a la doctrina de la Iglesia Católica; emitiendo además un juicio sobre el valor teológico y espiritual de dichos escritos. A todo ese material se suman los libros escritos por el Siervo de Dios

y que se habían publicado mientras vivía.

Damos gracias a Dios

Los trabajos de la fase diocesana del Proceso -para los que fue constituido el tribunal- quedan concluidos, y damos gracias al Señor por ello. Damos gracias al Señor en este acto de la Clausura del Proceso, porque ha sido bajo la acción del Espíritu Santo como se ha podido realizar todo este trabajo.

No es un trabajo que se haya hecho porque sí, por capricho, por gusto o porque se le haya antojado a unos cuantos. Es un trabajo que ha realizado la Iglesia Madre, la Iglesia Diocesana, movida por el Espíritu Santo. Ella, atenta a las mociones del Espíritu, entendió que debía recoger cuantos datos pudiera acerca de la vida de este hijo suyo para que se pueda discernir en su día, con prudencia y bajo la acción de Dios, si de verdad ha de ser reconocido como santo, propuesto como modelo para la imitación y como valedor a cuya intercesión recurrir. Damos gracias a Dios como miembros de la Iglesia, y con toda la Iglesia Diocesana, porque ha sido el Señor quien la ha asistido para poder culminar este trabajo.

El trabajo se ha realizado y debemos dar gracias al Señor por ello. Pero, además, yo puedo decir sin revelar ningún secreto -al que me obliga, por supuesto, el haber tenido acceso a las Actas- que tenemos que dar gracias a Dios porque el material del Proceso contiene una riqueza impresionante de testimonios acerca de la vida, las virtudes y la fama de santidad de D. José Rivera. Un día, si Dios quiere, serán publicadas esas Actas y todos conoceremos algo más -no todo, pues todo sólo lo conoce Dios- de la maravillosa obra que el Señor realizó en D. José, y entonces daremos gracias con más conocimiento y con mayor gozo aún.

Continuará en Roma

El Proceso tendrá que continuar en Roma, en la Congregación de las Causas de los Santos. Allí serán enviadas las Actas en las cajas lacradas el próximo día 21. Después, cuando llegue su turno, serán abiertas las cajas y, con todo el material en sus manos, unos peritos tendrán que examinar si el Proceso instruido en Toledo, ha observado todas las normas que prescribe la Iglesia.

Una vez que sean abiertas las cajas y se dictamine que el Proceso ha sido instruido conforme a las normas de la Iglesia, quedará aceptado y

acogido por la Santa Sede como un proceso válido. Entonces, allí, en la Congregación de los Santos, nombrarán un *relator* de lengua española, que será quien se ocupe de estudiar todo el contenido del material y elaborará la *relatio*, que será como una especie de *tesis doctoral* sobre la heroicidad de todas las virtudes de D. José Rivera. Ha de estudiar virtud por virtud, según las declaraciones de cada uno de los 50 testigos, según se revelan en los escritos personales del Siervo de Dios y según el informe de los peritos y teólogos. El relator tendrá que ordenar todos esos datos para elaborar los argumentos que avalen que cada una de las virtudes ha sido vivida en grado heroico.

La *relatio* es presentada a la Congregación de los Santos para que sea estudiada y examinada por una Comisión de Teólogos a fin de verificar si todas las virtudes las vivió en grado heroico, y para que se resalten las peculiaridades propias de la vivencia de las virtudes del Siervo de Dios. Estos teólogos tendrán que presentar sus informes y conclusiones a la Comisión de Cardenales y Obispos que forman la Congregación de las Causas de los Santos. Ellos, una vez que reciben esos informes con sus conclusiones, vuelven a estudiarlos y emiten su voto. El resultado será presentado por fin al Santo Padre. El Papa lo aceptará o lo rechazará, dependiendo de lo que él discierna en los argumentos de prueba. Si lo acepta y lo acoge, da su *placet* -su aceptación-, y dicta el Decreto de Virtudes Heroicas para su publicación.

El Decreto de Virtudes Heroicas vendría a reconocer oficialmente que el Siervo de Dios José Rivera es un hombre que ha vivido todas las virtudes en grado heroico. Esto vendría a decirnos que en D. José Rivera -y no sin su colaboración personal- la gracia de Dios se ha manifestado como virtud operativa. Tras este Decreto emitido por el Papa, que en última instancia es quien tiene la autoridad para reconocer las virtudes heroicas, podríamos tratar a D. José como *venerable*. Venerable significa que es digno de veneración; es decir, que le debemos un respeto y una admiración sagradas, porque en él se ha manifestado de manera elocuente el poder del amor y de la gracia de Dios. Pero, siendo venerable, todavía no podríamos tributarle culto público, litúrgico. Sólo se permitirían los actos de piedad y devoción privadas.

Necesidad del milagro

Si hubiera indicios de algún milagro, por la intercesión de D. José, entonces habrá de instruirse otro proceso: el proceso sobre el milagro. Una investigación ha de recoger todos los datos que puedan aportarse de cara a

probar y demostrar que ha habido una acción extraordinaria de la gracia por la intercesión del Siervo de Dios, y que los cambios producidos no pueden explicarse por la ciencia o por la evolución de la misma naturaleza. Por eso, normalmente, los milagros que se aportan a las causas de canonización suelen ser curaciones.

Por tanto -y aprovecho la ocasión para decirlo-, es necesario que si alguien tiene noticia de algún milagro, de algún hecho extraordinario, de alguna gracia especial recibida por la intercesión de D. José, lo comunique a la Postulación de la Causa, para que se estudie y pueda iniciarse el correspondiente proceso.

Si prospera ese proceso, entonces hay que presentarlo también a la Santa Sede. Presentado y aceptado en la Santa Sede, es estudiado por médicos, técnicos y teólogos que han de presentar sus conclusiones a la Congregación y después al Papa. El Santo Padre reconocería la realidad del milagro y entonces el Venerable Siervo de Dios sería declarado solemnemente Beato.

La declaración de Beato supone, no solamente que el Siervo de Dios ha vivido las virtudes heroicamente, sino que además Dios se complace en escuchar y atender las oraciones que se le presentan por su intercesión, puesto que el milagro vendría a ser como el *testimonio* que Dios aporta al proceso para darnos certeza del triunfo de su gracia en D. José.

Los hombres hemos aportado hasta aquí nuestro testimonio. Muchos de ustedes han testificado que están convencidos de que D. José Rivera era santo y han aportado sus pruebas. Ese es el testimonio nuestro, el testimonio de los hombres, lo que nos convence para creer que D. José Rivera es un santo. Pero no basta el testimonio de los hombres, sino que hace falta el testimonio de Dios. Y el testimonio de Dios sería éste: *todo eso que habéis manifestado es verdad y a Mí me agrada; a Mí me complace y rubrico mi complacencia con este milagro, con este signo maravilloso y extraordinario.*

Es necesario, por tanto, pedir milagros. Así que yo invito a todos, en esta ocasión concretamente, cuando la Iglesia Diocesana procede a clausurar esta fase del Proceso de Canonización, que pidamos con fe al Señor milagros, milagros reales, milagros verdaderos, milagros rotundos. Al Señor no le cuesta ningún trabajo realizarlos. Es a nosotros a quienes nos cuesta pedir milagros de verdad. Nos asustan los milagros porque superan nuestras lógicas y nuestras medidas prudentes y controladas. No nos atrevemos a pedirlos con toda la fe y con toda la confianza con que Dios quiere.

La proclamación de Beato sería el reconocimiento público de que a Dios le complace escuchar la oración que elevamos por la intercesión de D. José y, por tanto, la Iglesia nos autorizaría y nos encomendaría celebrar litúrgicamente la fiesta del Beato -todavía de forma restrictiva- en una zona. En el caso de D. José, si Dios quiere que así sea, sería en la Diócesis de Toledo.

Si hubiere otro milagro más, entonces se habría de instruir otro proceso semejante al anterior y, si la Santa Sede declara que realmente es un milagro, entonces el Beato sería canonizado. La canonización, como su mismo nombre indica, viene a decirnos que el Siervo de Dios es propuesto como *canon*, como norma y modelo ante toda la Iglesia. En el caso de D. José, como modelo de vida cristiana y de sacerdote diocesano.

Entonces, propuesto a toda la Iglesia como modelo e intercesor, se le podría dar culto público en toda la Iglesia como Santo y entraría en el calendario litúrgico universal con celebración propia. Se celebraría en toda la Iglesia a *San José Rivera, presbítero*; y sería propuesto a todos los sacerdotes diocesanos como modelo por haber vivido las virtudes sacerdotales en plenitud, según la norma que es Cristo.

Esperar colaborando con la gracia

Esperamos que llegue ese momento. Pero nuestra espera no puede ser una simple ilusión, propia de ilusos; sino que esa misma espera tiene que movernos a esperar activamente, con un deseo y una confianza que comprometan toda nuestra existencia en el mismo proceso de santidad que ha vivido D. José. El ridículo sería mayúsculo si nos conformamos con colaborar en el proceso de canonización del Siervo de Dios José Rivera y no colaboramos con la gracia -como él- en nuestra propia santificación.

Hasta aquí se ha instruido el proceso movido por una esperanza, no por una ilusión. Esa esperanza es la que ha dinamizado la actividad del tribunal instructor. Durante estos dos años se ha trabajado mucho y muy seriamente; se ha trabajado mucho y con mucha constancia; se ha trabajado mucho y con mucho detenimiento para realizarlo todo conforme a las disposiciones de la Iglesia. El proceso ha avanzado día tras día gracias a la acción de Dios y a la colaboración de los miembros del tribunal. Y en este momento me parece que todos, a la hora de dar gracias al Señor, debemos agradecerle cómo ha movido los corazones, la generosidad, la constancia, las fuerzas, las luces, el interés del Juez Delegado, del Promotor de Justicia y del

Notario Actuario que han formado el tribunal para instruir la Causa de Canonización de D. José Rivera Ramírez.

Ya he recordado varias veces que comenzamos el Proceso de Canonización bajo la acción del Espíritu Santo, que Él es el artífice principal del proceso, pero que no quiere realizarlo sin la colaboración humana. Pues bien, esto nos tiene que servir de pauta para colaborar positivamente, no sólo en el Proceso de Canonización de D. José, sino en el proceso continuo de nuestra propia santificación. Sin colaboración no hay asimilación de la santidad de Dios. Así es como ordinariamente realiza el Señor sus obras.

II.- EL PROCESO DE SANTIFICACIÓN

Un poco de historia

Antes de iniciarse este proceso de canonización el 21 de Noviembre de 1998, y antes del 24 de Marzo de 1996, cuando el Sr. Arzobispo dijo en esta Capilla que habría que estudiar todo esto, y antes del 23 de Marzo de 1994, cuando regresó el cuerpo de D. José a Toledo, y antes de las exequias del 26 de Marzo de 1991, y antes del 13 de Marzo del mismo año, cuando sufrió el infarto de miocardio... antes de todo eso se inició otro proceso. Me refiero al *proceso de santificación* de D. José Rivera, al proceso de la acción de la gracia en su corazón desde su nacimiento, desde su bautismo, hasta el momento en que, en aquel 25 de Marzo, en la U.V.I., en aquel misterio de silencio y soledad preñado de Dios, expiraba.

Hay un proceso misterioso de gracia y colaboración que, contemplado en la vida de D. José, debe mover nuestros corazones para entrar también en él, puesto que todos estamos llamados a la santidad. Yo no sé si un día habrá de iniciarse la instrucción del proceso de canonización de alguno de nosotros; pero lo que sí sé es que todos nosotros estamos dentro de un proceso de santificación que ya se ha iniciado.

No vamos a clausurar esta fase del proceso de canonización para hacerle un homenaje a D. José Rivera -al que nada gustaban los homenajes-, ni se trata tampoco de enriquecer a nuestra querida Diócesis de Toledo añadiendo una gloria más a sus ricos archivos y museos. No; no se trata de eso. Se trata de esto otro: de que Dios nos habla a nosotros a través de este acontecimiento de gracia en el que vuelve a recordarnos que seguimos llamados a la santidad más alta.

Si en la vida D. José descubrimos un proceso válido de santificación, ese proceso también ha de ser válido para nosotros. Hemos de aprender a escuchar al Señor y descubrir en estos acontecimientos su voz que nos habla. Hemos de aprender del testimonio de estos hombres y mujeres ejemplares, concretamente del testimonio de D. José Rivera. Para entrar en ese proceso más conscientemente, más voluntariamente, con más docilidad a Dios.

Yo quisiera ahora, en esta segunda parte de la charla, apuntar algunas claves que destacan en el *Diario* de D. José como constantes en su tarea de colaboración con la gracia de Dios. Todos sabemos que D. José no sólo predicó la iniciativa y la primacía absoluta de la gracia de Dios, sino que lo testimonió muy vivamente. De manera que para él todo es gracia y toda respuesta válida a la gracia de Dios es colaboración en la gracia y colaboración desde la misma gracia.

Dios quiso envolver a D. José, desde el principio, en un ambiente peculiar de gracia. Es el ambiente formado por las gracias concretas del testimonio de aquella familia cristiana donde Antonio, Carmelina, su madre, Basi, y tantas personas que pasaban por aquella casa, dejaban huellas de fervor y de aspiración a la santidad. El mismo D. José reconoce en algunas de las páginas del *Diario* que él se ha criado entre santos. Todo eso es don de Dios, gracia de Dios, que fue preparando el corazón de D. José.

Muchos de los aquí presentes tuvimos el privilegio de conocer a D. José en su vida mortal, y creo que todos podemos testimoniar que la vida de D. José fue como una esfera que cae por una pendiente y va adquiriendo cada vez más velocidad, más intensidad; pero que, además, conforme esa velocidad iba creciendo, también iba agrandando su volumen y capacidad, como la imagen de una bola de nieve. Y así, la vitalidad sobrenatural de D. José, se nos revelaba cada vez más intensa, cada vez más capaz, cada vez más experimentada en la gracia, con unos horizontes más amplios, más grandes para abarcar a toda la Iglesia, y cada vez más intensa, más profunda para llegar hasta lo nuclear, a la conciencia, a lo particular, a lo más íntimo y más misterioso de cada persona para sembrar allí la gracia de Dios. La vida y la personalidad sobrenatural de D. José Rivera se manifestó como intensísima y extensísima; pero además, con una densidad y capacidad creciente y uniformemente acelerada -casi vertiginosa- hasta la consumación de su entrega el 25 de Marzo de 1991.

Yo estoy convencido de que D. José murió porque le reventó de amor el corazón. De amor a Cristo y de amor a la Iglesia. La última etapa de su vida

aquí, en todos los aspectos, era literalmente incomprendida, misteriosa, inexplicable para las solas luces de la razón. Vivía desde otra órbita, veía desde otra órbita, proyectaba desde otra órbita, amaba desde otra órbita, estaba instalado en otra órbita, en la de los que viven del Espíritu Santo.

Constantes: la oración, la abnegación y la esperanza

Todo esto lo doy por supuesto. Creo que todos lo creemos, creo que muchos de nosotros lo hemos visto con nuestros propios ojos. Y otros, que no conocisteis a D. José, creo que también lo creéis por lo que os hemos contado y por lo que habéis leído.

Pero D. José vivió todo esto como un proceso en el que fue asimilando la gracia de Dios y colaborando con ella. Vivió atraído por el amor y movido por el amor de Dios. Yo quisiera ahora resaltar tres claves fundamentales, que aparecen continuamente en el proceso de santificación de D. José, con objeto de que puedan servirnos también a nosotros para aprender y saber asimilarlas y contar con ellas en nuestro proceso de santificación personal: la oración, la abnegación y la esperanza.

D. José vive la oración como tarea a la que dedica tiempo, preparación y atención extraordinarias. Es una oración que le va llevando a la experiencia viva de la presencia amorosa de las Personas divinas y a un conocimiento cada vez más claro de la realidad toda.

En cuanto a la abnegación, también es tarea a la que dedica tiempo, preparación y atención exquisitas. No deja de hacer exámenes de conciencia, de virtudes, de comportamientos, de impulsos, de posturas... Todo lo pone bajo la luz del Espíritu y lucha incansablemente para que todo su ser llegue a estar empapado y manante de gracia de Dios. Es enemigo de la imperfección, pero no por un perfeccionismo enfermizo y pelagiano, sino por saberse llamado a ser perfecto porque su Padre es perfecto.

D. José vive la esperanza como virtud que dinamiza la tensión de todo su proceso. Desea a Dios y la comunión plena y perfecta con Él; y no por un atrevimiento presuntuoso, sino desde la confianza en Dios y en que Él es fiel a su Palabra. Vive con la convicción de que Dios lo quiere santo y, como Dios se ha empeñado desde siempre, lo conseguirá. Es una esperanza gozosa y tremendamente eficaz en cuanto a la búsqueda y la utilización de medios.

Yo, ahora, voy a procurar dejarle hablar a él. Me limitaré a entresacar anotaciones de su *Diario*, desde 1972 hasta pocos días antes de morir. En todas las etapas de su vida aparecen incansables las claves de la oración, la

abnegación y la esperanza.

D. José en su *Diario*, en el año 1982, tres años después de haber recibido la gracia de convivir con Jesucristo bajo el mismo techo, escribe esta anotación:

Ahora deseo expresar brevemente, el otro aspecto de la realidad de mi vida entera. Hacerme más consciente de este amor, infinitamente fiel, que me ha elegido, desde antes de la constitución del mundo, para llevarme a su intimidad eterna, y que no he cejado todavía en su empeño. Quiero referirme, especialmente a la presencia de Jesucristo. No es Bya lo he escrito muchas veces B lo que se dice, con antipático y despersonalizante eufemismo: tener capilla en casa. Es que Él ha venido a transformarme. Él, Jesucristo. Y esto, después de mucho tiempo de resistencia mía a su gracia, a su llamada. No que se haya tenido que desilusionar, jamás ha podido estar ilusionado. Desde toda la Eternidad, desde hace 20 siglos, en lo que respecta a su corazón humano, me conoce perfectamente. Sabía muy bien lo que había dado de mí frente a Él; sabía, igualmente, lo que iba a hacer en estos tres años... Y vino. Como coronamiento, no de unas relaciones de intimidad creciente sin baches, sino como coronamiento de un amor suyo, crecientemente manifestado en paciencia inacabable. Pero su amor es además eficaz. Y esto no puede menos de realizar la intimidad, el amor recíproco, a que yo me he opuesto y sigo oponiéndome. Es cierto que Él va ganando. Lentamente. Trabajosamente. Penosamente, en cuanto que ha de aplicar las muchísimas penas que sufrió en su momento. Pero va ganando. Con todo, no soy el mismo de hace diez años, ni de hace cinco años siquiera... Ni menos de hace tres, cuando Él quiso llegarse hasta mi puerta en un sentido nuevo, con manera novísima. Por ello quiero contemplar despaciosamente la historia de este amor. Ha de ser la tarea del tiempo pascual, disponiéndome a la efusión del Espíritu.

Me parece que en este texto se encuentran condensadas estas claves fundamentales: el proceso comienza en la eternidad, en el misterio mismo de Dios, el proceso pasa por la Encarnación del Verbo que es el que le ha amado y le ha redimido, el proceso pasa por esa acogida, por la experiencia del amor de Dios en la propia vida. Y esa misma acogida le lleva a experimentar la realidad de la propia infidelidad. Conciencia de una infidelidad constante ante

la fidelidad permanente del Señor. Y en esa tensión, en esa lucha, mantenida entre la fidelidad de Dios y la propia infidelidad es donde Cristo va ganando, trabajosamente, penosamente, aplicando pena a pena las que sufrió en la cruz. Pero va ganando, progresivamente, va ganando.

La experiencia del amor de Dios que va venciendo en él, le hace crecer también en conocimiento de la Verdad. Y, conforme crece el conocimiento de la Verdad, va conociendo más crudamente la realidad de las infidelidades, propias y ajenas. Y así va experimentando también, cada vez con más realismo esa fuerza del amor de Jesucristo que lo repara todo y que lo levanta todo.

Este es el proceso: experiencia del amor de Dios, conciencia de pecado, sentimientos de repugnancia, arrepentimiento, victoria de la gracia... Es un proceso continuo en él hasta el final. Nunca se encuentra satisfecho de sí, y siempre admirado y desbordado por el amor de Dios.

Dice el Jueves Santo de 1972, desde el Seminario de Palencia, el 30 de marzo:

En el relativo, pero enorme, fracaso que constituye mi vida entera, pero especialmente en estos 18 años de sacerdocio, (que incommensurable responsabilidad apostólica, Dios Santo!). ¿Qué hubiera sucedido si yo hubiese sido fiel?. Pues es cierto que mis diminutas fidelidades han ido siempre seguidas de realizaciones apostólicas, incluso visibles. No tengo duda alguna, de que estos superiores son más virtuosos que yo; que su vida sacerdotal ha estado en línea de mucha más fidelidad que la mía; y sin embargo, yo veo muchísimo más que ellos, y ha sido mi llegada la que ha marcado el viraje de capital importancia en la formación de los muchachos.

Tiene conciencia de que su fidelidad es muy leve, muy pequeña al lado de la fidelidad de Dios, pero que sin embargo, la pequeña fidelidad humana, en la fidelidad de Dios, adquiere dimensiones tremendas.

El mismo día, ese Jueves Santo, lleno de esperanza, escribe:

Yo he definido la vida cristiana como una espera incansable del milagro; del milagro, claro está, de la acción del Espíritu que nos convierte...

Y continúa más adelante:

No me hiere en absoluto este fracaso, quizás, en primer término, porque no lo siento como tal. Creo, en primer lugar, en el

perdón de Dios. El perdón -he predicado muchas veces- consiste en la reiteración del ofrecimiento de los dones rechazados. Sí, pienso que Dios me quiere dar ahora lo que he rechazado antes. Y en segundo lugar, porque mi tendencia principal no ha sido amar yo a Cristo, sino gozarme en que Él es Amor y nos ama. Y una amistad que aguanta unos cuarenta años (partamos desde los 6, en que ya disfrutaba de cierta conciencia) se prueba como firme.

Apoyado en el amor de Jesucristo y, apoyado por el amor de Jesucristo, no siente que el Señor se espante de sus pecados o infidelidades:

No me molesta nada de eso que tanto parece herir a muchos: dar a Dios los desechos. No trato de dar a Dios nada, pues Él es siempre quien da. Es no más, por el contrario, quien manifiesta su grandeza, su autosuficiencia infinita, su ser Amor, amando a los que parecen más indignos de su amor, y eso es, cabalmente, lo que le satisface. Y lo que me hechiza...

Por eso el proceso de D. José, el proceso de su santificación, es un proceso en el cual va creciendo cada vez más, la convicción de lo que es el Amor de Dios. Quienes hemos conocido a D. José en su vida mortal le hemos escuchado predicar muchas veces el amor de Dios. Era el tema fundamental, porque no se trataba de conocer a éste o a aquel santo, o esta teoría, o esta doctrina, sino que conocíamos el Amor de Dios.

Repetía muchas veces las palabras de la Carta de San Juan, *Anosotros somos los que hemos conocido y hemos creído en el Amor que Dios nos tiene*≡. No que nosotros amemos a Dios, sino que Él nos ha amado. Y esto ciertamente, en la oración, en esa oración de intimidad en esa oración en la que él siempre experimentaba la grandeza de Dios y su propia pequeñez. Estoy convencido de que Dios no permitió a D. José caer en soberbia; lo mantuvo siempre en humildad.

Cuántas cosas se han dicho equivocadamente de don José... Cuántas cosas se han dicho equivocadamente de sus posturas, de su talante, de su predicación, de sus ideales, de sus aspiraciones, de su manera de proponer el misterio de la vida cristiana... Cuántas equivocaciones cuando se le ha tildado de soberbio, de prepotente, de que él se creía *capaz* de todo... Sí, se sentía capaz de todo, porque se creía *capacitado* para todo. Capacitado por Alguien que es capaz de todo porque es el Omnipotente.

Pero en la oración D. José siempre experimenta eso: la grandeza del Amor de Dios y su propia pequeñez, que le mantiene absolutamente en

humildad.

El 3 de Abril del mismo año 1972:

De todo no concluyo sino esto: es preciso ante todo orar. Orar por mí orar, por los otros. La llamada peculiar es indiscutible. En cuanto me dejo sumergir en ambiente de oración, en cuanto unos días la oración es más continua, más prolongada, la visión se agudiza, el gozo se acrecienta. Pues desde este punto de vista, me parece ser realmente testigo de Cristo. Experimento ciertamente su presencia, su acción, su relación conmigo. Y puedo atestiguar su Amor como tierno y paciente y perdonador. "El que nos ama". Y desde luego: de eso sé bastante. El que perdona: ciertamente. Mucho sé de eso. La única obra edificada a lo largo de estos 46 años -creo que ya lo tengo escrito- es la de su amor sobre mí. Y cómo gracias a El, el mío, tan débil, tan vacilante, llega hasta eso: la contemplación de mi vida es, en total, sumamente placentera a mis ojos. Yo, enamorado de la plenitud personal arrebatada de la belleza; tan especialmente dotado para percibirla, adivinarla, saborearla, cómo no sería dichoso ante esta maravilla de hermosura, que es la historia del amor de Cristo hacia mí?...

La oración es la que sostiene continuamente la tensión de crecimiento en el proceso de santificación de D. José. Y en la oración, la esperanza. La esperanza desde la necesidad, desde la indigencia de quien se experimenta pecador e incapaz de nada en el nivel sobrenatural. Así escribe el 2 de Abril de 1980, Miércoles Santo:

Espero progreso en la renovación radical personal, durante los cuatro días próximos. Avanza la penetración del convencimiento de indigencia de mutación radical. Persuasión progresiva de que las raíces mismas están muy viciadas. Advertencia espontánea de la muchedumbre de movimientos perversos que pululan en mi actividad, sea cual sea. Indicio cierto de la perversión de la raíz misma de mi personalidad, santa no obstante. Toda malicia se asienta en mi esencia misma, se difunde por mis potencias, mi instintividad, se vierte en mis impulsos indeliberados, y no pocas veces sorprende mi entendimiento, mi razonamiento en sus deliberaciones, o lo inclina por virtud de su mayor vigor. Preciso de una acción de Cristo realmente transmutadora, de una efusión del Espíritu en abundancia impensable...

La humildad le mueve a la esperanza, no al desánimo. Ve con claridad sus culpas y, por tanto, que es nocivo para otros, pero sin embargo ve también el progreso, el crecimiento continuo, no solamente en él sino en muchos que van creciendo también en la Iglesia. Así se enfrenta intransigentemente con el mal, esperanzado en la gracia. Escribe durante los Ejercicios de Abril de 1982:

Voy a repasar algunos exámenes pasados. Advertiré sin duda progresos, retrocesos, vacilaciones... Voy adelantando, pero con muy excesiva lentitud ciertamente culpable, al menos en parte.

En verdad, debo pensar de dónde vengo: (hasta qué lejanísimas regiones avancé, en los caminos del pecado!. (Cuántos los mecanismos producidos por mi egoísmo, que ahora funcionan con vigorosísima espontaneidad, como si pertenecieran a mi propia naturaleza!. (Cuántos anquilosamientos creados en mis virtudes, de modo que difícil y penosamente funcionan!. De ahí, la necesidad de implorar contrición y de tener muchísima paciencia conmigo, ejercitando de continuo una virtud, que he de practicar igualmente con cada persona que me encuentro.

Ciertamente debo estimarme -y me estimo, pero sin calar el volumen del significado de la frase- culpable de muchísimos males ajenos. Un enfermo contagioso que llegase a una ciudad, produciría enfermedades múltiples sin darse cuenta. Y, radicalmente, soy responsable de todo ello. Y sólo puedo adelantar ahora, en la medida que asuma humildemente mi responsabilidad, y me sienta llamado -como de hecho lo estoy- a reparar las desgracias causadas. Notar qué poco "complejo" de culpa, cuan sana es mi orientación, pues lejos de producirme todo esto desaliento, abatimiento, me estimula, me integra más y más en la Iglesia, con ansia más y más creciente de servirla. Y me hace más consciente del amor de Cristo, y más deseoso de compadecer con Él...

En los mismos Ejercicios se propone entrar más a fondo en tarea de abnegación bajo la luz y la acción del Espíritu Santo:

Desde luego, me encuentro singularmente alentado a emprender una lucha, bajo la inspiración del Espíritu, despiadada con mi egoísmo. Positivamente debo centrarme en la oración, con atención al tema de la compunción, tanto en la liturgia como en los ratos digamos "privados". Igualmente en las lecturas espirituales, y

aun de estudio. Y luego, he de plantear el voto de confesar muy frecuentemente, más de cada semana, con esmero en las preparaciones. Todo esto hasta Pentecostés. Igualmente he de plantear, antes de salir de ejercicios, una orientación de mortificaciones realmente serias y seriamente realizadas.

En el trato íntimo y amoroso con Jesucristo se experimenta más sensible a la ternura del Señor que a sus propias culpas. Sin duda, esto no puede hundirle, sino entusiasmarle:

Escribo ahora en la capilla, ante el Señor expuesto, a las 3:25 de la noche. He trazado, con el Royo delante, una buena parte de un examen, poco menos que exhaustivo. Contemplo mi vida con horror -(no demasiado todavía!- y espero llegar a conclusiones prácticas de mucha importancia y fruto; pero no se me mueve la pena. En cambio, hace un rato, leyendo salmos, se me han llenado los ojos de lágrimas. Ello me interesa, pues parece significar que soy, de momento, más sensible a la ternura sin más, a la ternura de Cristo en particular, que a mis propios males. No quiere decir que no me parezca válida y precisa la insistencia en el examen comenzado, e incluso en su reiteración frecuente; pero lo estimo indicativo de que, acaso, mi camino de conversión haya de trillar más estos espacios de la ternura divina y de la humana ternura de Jesús, que la misma consideración de mis pecados. Desde luego, tal consideración servirá, en todo caso, de acceso a su ternura...

D. José Rivera, sin dejar de ser consciente de sus faltas, lo es también de los progresos que la gracia va produciendo en él. Así escribe el 12 de Febrero de 1983:

Creo hallarme en un momento bastante especial: el mismo aniversario citado; el comienzo muy próximo de la cuaresma; el inicio del año santo; el crecimiento interior, con la captación más intensa del amor de Cristo, de mi mediocridad y de la perversidad del mundo actual... Todo ello "parece" constituir una invitación del Señor a la conversión inmediata, mucho más seria que en ninguna de mis etapas precedentes. Veremos qué me va diciendo, qué va produciendo en mí... Veremos, hasta cierto punto, nada más, claro.

Tengo la impresión de que avanzo en casi todos los sentidos; pero ese mismo avance me hace sentir más intensamente la mediocridad, debilidad, fragilidad, resistencia y falibilidad, de

hecho, de mi respuesta y, en suma, de mi personalidad misma. Con dolor creciente -(Oh, muy canijo aún!- de contricción.

Quisiera apuntar ahora una frase llena de realismo y de esperanza que él escribe con mayúsculas en su *Diario* el tres de Abril d 1983, Domingo de Resurrección. En 1983 estábamos en Año Santo, Año Jubilar:

MI VIDA DURANTE 30 AÑOS -y por supuesto también anteriormente- ACUMULA UNA DEUDA FRENTE A DIOS Y FRENTE AL PRÓJIMO, FRENTE A MUCHAS PERSONAS PARTICULARES, YA IMPAGABLE. HE DE RECONOCERME ABSOLUTAMENTE INSOLVENTE Y CONFIAR, SIN MAS, EN LA MISERICORDIA DE CRISTO, QUE HA PAGADO POR MÍ. Y EN ESTE SENTIDO, ACEPTAR EL AÑO SANTO COMO SANTIFICANTE EN PLENITUD PARA MÍ.

He querido sacar esta frase porque también nosotros estamos en Año Santo, y es una invitación en su proceso de santificación para que nosotros caigamos en la cuenta de lo que tiene que ser también este Año Jubilar concreto en nuestro proceso.)Qué deuda acumulamos frente a Dios, qué deuda acumulamos frente al prójimo, qué deuda acumulamos frente a la Iglesia? Esa deuda es impagable. Nos tenemos que declarar necesariamente insolventes. D. José nos enseña que la confianza la tenemos que poner en la misericordia del Señor, y que el Año Santo puede ser plenamente santificante para cada uno de nosotros.

Algunas personas pensaban que D. José tenía una visión pesimista y desesperanzada de la situación de la Iglesia Diocesana. Él la miraba con un realismo tremendo, viéndose en ella y viendo su acción y responsabilidad en ella. Todo lo que veía le llevaba a examinarse, a contrastar con los planes de Dios y a trabajar entusiastamente con la gracia. Así escribe el 5 de Octubre de 1989:

No puedo decir: mi oración, mi súplica, es vana. Indiscutiblemente, sin salir de la diócesis, va brotando y desarrollándose un movimiento como nunca lo ha habido -y pienso que "nunca" es "nunca"...- en plena consonancia con las orientaciones de la Iglesia, del Magisterio, del Concilio. Y en no pocos aspectos. Pero todavía, (qué lentamente crecen las espigas, qué pocas granan, en este campo de trigo del Padre!. (Y cuánta cizaña!.

El ejercicio de santificación personal mío ha de traer,

infalliblemente, una aceleración, literalmente extraordinaria -pues (vivimos tiempos extraordinarios en la Iglesia! y a mí se me ha concedido verlo...- en la edificación de la Iglesia diocesana.

Mi seguridad viene de la certeza de la fe en la oración. "Todo lo que pidáis al Padre en mi nombre se os concederá". Y yo no puedo esperar estos progresos de vida eclesial, sino movido por el Espíritu. Pues en las fronteras de mi egoísmo individual, ciertamente no puedo obtener nada. Mas la señal, por lo menos simultánea, de la vivificación y sanación de la Iglesia de Toledo -como testigo para la Iglesia profundamente enferma- consiste ciertamente en mi propia personal, individual vivificación y sanación. Cuyo proceso se va a iniciar, definitivamente, un día de éstos...

La esperanza está puesta en la gracia. Tiene visión realista y percibe con claridad el mal, a la vez que percibe la gracia de Dios actuando.

En el último año

Su empeño en los últimos años será no sólo repasar los retiros antiguos, sino plantear que para el futuro lo que hay que hacer es crecer en actitudes interiores y en esas actitudes interiores esperar la fecundidad plena.

La colaboración personal en el proceso de su santificación no concluyó nunca. Siempre estuvo trabajando desde la oración, en la abnegación y con una esperanza entusiasmante. Las anotaciones que hace en el último año de su vida terrena son ejemplo de su respuesta al empeño que Dios tuvo siempre en su santificación.

Así entraba en la Cuaresma de 1990:

Ante todo, debo incrementar la exactitud y el aumento de oración, lecturas espirituales, y sobre todo confesiones. Y durante la cuaresma, restaurar el hábito de las vigiliias con exposición. Y la atención más intensa a los textos litúrgicos. Creo que se abre la cuaresma con mejores disposiciones que ninguna de las precedentes. Aunque, muy probablemente, los enunciados sean casi los mismos. En estos días, por más que me resulten muy atareados, debo repasar retiros antiguos, para advertir esa multitud de cosillas que han ido siendo omitidas y que realizadas darían fruto actual.

Y continúa el mismo 28 de Febrero de 1990, Miércoles Ceniza:

Revolver con creciente dolor la situación de las gentes; cuando yo experimente tales situaciones como muy dolorosas para

mí, sin duda que el Señor se compadecerá de mí. Más que nunca, volviendo la vista atrás, hasta mis primeros años objeto de posible recuerdo, vivo la sensación y la idea de "niño mimado por Dios". No va a cambiar ahora... Pero los caprichos son hoy muy universales... y francamente desinteresados. Si exhumo, de lo subterráneo de lo pretérito, sucesos particulares, encuentro de una u otra manera, signos de ternura. Y, al cabo, lo que no ha podido venir más que de Él: esta continua ansia de santidad, jamás interrumpida, ni en los largos peores momentos, prolongadas épocas en mi historia. Pues nunca he pensado mi santificación como éxito mío, y mucho menos como éxito exterior, laudable para el ambiente. Por los males y por los bienes, he sido siempre criticado, censurado, despreciado incluso... Y Dios me ha concedido siempre que todo ello no me perturbara, y desde hace años, que ni siquiera me afecte. Es una historia entre las Personas divinas y yo, aunque se desenvuelva en ambientes de Iglesia, se viva en el regazo de la Iglesia, redunde, más y más, en el crecimiento de mi amada Madre, una santa, católica y apostólica...

La visión de la verdad y su intransigencia con la falsedad le hacen experimentar la contradicción propia de los profetas. Así lo anota el 15 de Marzo de 1990:

Pienso que un progreso en mi vida se realiza en el ansia creciente de verdad, y la repugnancia pareja por la mentira. La capacidad de presentir o descubrir la "nada", doquiera se encuentre, y por muy disfrazada que me la presenten, con caretas horribles o deliciosas... Y eso me hace "impopular", y a la vez atractivo, para muchos al menos. El hombre, "que ama la vanidad y va en busca de la mentira", se encuentra incómodo cuando se le señala la realidad. Puerilidad de los llamados "adultos"; pero la puerilidad en cierta edad cronológica, es simplemente locura...

No deja de hacer exámenes de conciencia y de actitudes. No se conforma con nada porque el Señor no se ha conformado con poco. En 1990, el 5 de Abril, hacía un retiro con motivo del aniversario de la celebración de su Primera Misa:

"Pensamientos durante la Misa: hace 37 años que celebré la primera -en Albacete-. No me inclino a remover recuerdos, episodios... Sí a meditar en la historia de las celebraciones. Tantas recibidas..., tantas... Y todas tan mal celebradas... Y Cristo espera, espera.

¿Llegaré a celebrar bien alguna vez la Misa? Pese a todo, y por la mera misericordia de Cristo, la Misa ha sido el fundamento consciente de mis jornadas. No estará fuera de lugar intensificar la esperanza -gracia suya, claro- de mejorar muchísimo mis celebraciones, precisamente a partir de hoy... En cuanto a la acción en sí, y en cuanto a la preparación y al fruto posterior, a la consonancia entre la Misa y los actos del día. Verdad tantas veces considerada...

Probablemente ese "tantas veces", que suena a pesimista, a desesperanzado, sea la causa de mi crecimiento individual y del fruto pastoral indudable. Pues, mirando ya tan de lejos aquella primera celebración, (qué rica -no me atrevo a decir saturada- de actitud sacrificial se manifiesta mi historia...!

Al final de 1990 continúa con sus exámenes, sus planteamientos de abnegación y su entusiasmo lleno de esperanza. La tensión de su vida sobrenatural le había llevado a compromisos que eran incomprensible para los que aún somos carnales, pero él seguía viendo las cosas desde la realidad de Dios. El 27 Diciembre de 1990 escribe:

De aquí al día 2, aniversario 65 de mi bautismo, proyecto un serio repaso de mi historia, de lo que haya que llorar, y de lo que hay que trocar... En rápido vistazo, percibo adelanto en muchas cosas, comparando sin más con el año pasado. Mucho más conocimiento de la Iglesia, mucha más paciencia, más esperanza, más deseo de intimidad permanente con Cristo... Pero, en cambio, hay menos realizaciones en detalle, en la oración y en la mortificación... No acaba de obrar en mí esta certidumbre del valor expiatorio e impetratorio de la austeridad, de la cruz... Me gusta esta manera de vida, objetivamente muy agobiada por el pago de las deudas... Es la situación normal de todo padre o madre pobres...

El 1 Enero de 1991 se retira con motivo del aniversario de su Bautismo:

Comienzo a escribir a las 4 de la madrugada, después de 3/4 de hora de lectura con la biografía de Edit Stein.

He determinado dedicar el día al retiro, porque mañana es el 65 aniversario de mi bautismo. En general, el curso de mis años vividos manifiesta la reiteración continua del perdón. No es posible negar el carácter de progreso continuo, si tomo temporadas un poco

largas y las comparo con las anteriores; y ello en todos los aspectos: intelectuales, espirituales, pastorales. Jamás he contemplado tanto fruto, visible, significativo de frutos inconmensurablemente más abundantes, como en los últimos años. Y la esperanza va siendo paulatinamente más y más robusta, con más panorama. También, tomado en general, el crecimiento intelectual en la fe me parece deslumbrante, dado que mi inteligencia del "misterio" de la Iglesia es incomparablemente más amplio, más resplandeciente, más firme.

Pero todo ello sucede en un conjunto de sombras espantosas, que forman mis propios pecados, mis vicios acaso sobre todo, la debilidad y fragilidad de mi propia personalidad actual, la torpeza en sus manifestaciones y operaciones; la masa de pecado que, como una corriente impetuosísima, anega el mundo actual; la espesísima muralla de mediocridad y pecado que, en la Iglesia misma, detiene o retarda la invasión de la caridad, la sobrepujanza de la riada de la sangre de Cristo, limpiadora y vivificante...

Estamos a menos de tres meses de su muerte. El proceso de su santificación sigue la misma línea. Crece y crece cada vez más en la experiencia del amor de Jesucristo que se manifiesta en el perdón. Esta experiencia le sigue impulsando a la lucha contra el pecado, pero siempre desde la gracia y seguro de la victoria.

El 3 de Febrero de 1991, escribe en su diario una de las últimas anotaciones. Está cargada de visión realista, de visión sobrenatural y de esperanza en su propia santificación y en lo que ello supondrá para la Iglesia, no tanto por sus realizaciones exteriores, sino por sus operaciones interiores. Él no sabía que el 13 de Marzo iba a sufrir un infarto, y que el 25 de Marzo iba a consumir su ofrenda total y definitiva; la más personal e interior.

Desde luego, el año en su conjunto, y sobre todo la última temporada, manifiesta indiscutible avance en mi vida espiritual, e incluso en mi actividad pastoral. No obstante tal realidad, (son tantas las deficiencias, incluso culpables!). Un buen repaso, que llevaré a cabo siguiendo el orden del examen diario, que, sin haberlo propuesto deliberadamente, responde al viejo lema cuaresmal: oración-limosna-ayuno...

La conciencia y aun la sensación de apremio, crece poco menos que continuamente, al paso del tiempo y según la contemplación de los progresos del pecado, del deterioro de las

situaciones personales y sociales humanas, de la certidumbre del derrumbamiento de la Iglesia diocesana, donde, viceversa, simultáneamente, se advierten signos de resurgimiento. Y dado que buen golpe de tales signos se deben a mis propias operaciones pastorales, no pienso errar, si ligo sus consumaciones -relativas por supuesto- a mis futuras obras y, sobre todo, a las interiores.

Sabe que sus futuras obras serán muy fecundas. No tanto las obras exteriores cuanto las interiores. A nosotros se nos oculta qué ocurrió en la mente y en el corazón de D. José durante los días que estuvo en la U.V.I. del Hospital Virgen de la Salud, cuáles fueron sus obras interiores; pero no podemos dudar de la fecundidad de su muerte, de la fecundidad de su entrega, de la fecundidad de su abnegación, de la fecundidad de su rendimiento ante el Amor de Jesucristo. Muchos de nosotros seguimos viviendo gracias a su testimonio y a su intercesión.

El proceso de santificación de D. José Rivera ha sido una preciosa obra de la gracia de Dios en la que la colaboración del hombre se ha caracterizado por la oración de intimidad amorosa, por la abnegación constante y radical sin ninguna concesión a la mediocridad y por la esperanza sin medida humana.

D. José Rivera vivió y murió con la convicción clara de que el amor de Dios es siempre más grande que las propias deficiencias, y que ese amor de Dios es creador de santidad. Su experiencia y testimonio ha de ser para nosotros aliciente para desear asimilar y vivir cuanto Dios hizo en él. La Iglesia juzgará si será puesto como modelo de santidad para los cristianos; para nosotros ya puede ser y debe ser un modelo y un maestro de vida espiritual, de luchador infatigable por vivir de la gracia de Dios, y esperararlo todo de Jesucristo, que ha dado su vida por nosotros.

Es tiempo de dar gracias a Dios; pero también es tiempo de acoger y asimilar estas gracias que Dios nos concede a nosotros, aquí y ahora, y que esperamos que un día sean concedidas a todos los hijos de la Iglesia.

EL TRIUNFO DE LA PERSONA CRISTIANA

Por José Luis Pérez de la Roza.

I.- INTRODUCCIÓN:

Hemos tenido un santo entre nosotros y no nos hemos enterado del todo: Hay que reconocerlo. Sucede así con todos los misterios de Dios, - AVino a los suyos y los suyos no lo recibieron≡- también con los senderos de la gracia, que Dios quiere andar en nuestras vidas, pues El gusta de pasar por nuestras vidas -también en sus santos- suave y respetuoso, siempre en el misterio y al calor de la humilde fe.

De esta manera aconteció en el misterio de la Encarnación, que este Año Jubilar celebramos, y también del mismo modo el Señor sigue obrando así en todas las expansiones de la Encarnación, una de las cuales es precisamente la santidad de cada uno de los miembros de Cristo en la Iglesia.

Hemos tenido a nuestro lado un genio, una personalidad humana y cristiana única, de una riqueza excepcional, y no nos hemos dado mucha cuenta: Es de justicia y humildad reconocerlo. Todos -o muchos- quisimos aprovecharnos de él, buscamos apenas beber de él algunos sorbos, arrebañar algunas migas de su mesa, pero pocos supimos descubrir quién era verdaderamente, dónde se escondía el mejor secreto, el auténtico secreto de D. José Rivera. Nuestros aprecio -medio-aprecio tan humanos habría que decir- iban por otros derroteros y apuntaban en tantas ocasiones más rebajadamente.

Es la ley evangélica. Todos los santos han conocido y sufrido estos olvidos, como los sufrió el Maestro. Y así precisamente se han santificado.

Pero ¿cómo surgió este tema que nos ocupa esta tarde? ¿Cómo se iluminó esta luz riveriana, -verdadera y centralmente riveriana, creo yo- **AEl triunfo de la persona cristiana≃?**

Es claro que he vivido la gracia y la experiencia de un cierto trato abundante con D. José y por ello he conocido de alguna forma cuántas personas, de toda clase y condición, él trató y ayudó. También es verdad que he leído, al menos a temporadas, todos sus escritos. Por cierto, la lectura reposada de sus escritos descubre estas y otras riquezas y espero que pronto estas confidencias peculiarísimas, que son sus escritos, puedan estar al

alcance de todos, pues será uno de los mejores servicios y modos de dar a conocer a D. José, al verdadero Rivera. Abrir su Diario es dejar venir sobre uno una torrentera de confidencias e intimidades, que descubren altísima vida interior; abrirlo es conocer juicios sobre tantas realidades personales y sobre la vida y la historia de estos últimos 30 años, especialmente iluminadores y consoladores.

Pero la chispa, que hizo saltar el incendio de esta charla, surgió leyendo este párrafo de la Introducción del libro de Marko Rupnik *ALe abrazó y le besó*≡:

AME fascina una teología, -dice este autor o mejor, el autor del Prólogo- cuyo eje central y la piedra angular sobre la que se construye todo es la relación entre personas: la comunión de la Personas divinas entre ellas y con las personas humanas...≊¹.

A partir de esta frase, todo se iluminó de una manera nueva. Esta era precisamente mi experiencia de D. José, que estaba como subterránea y escondida, no pronunciada. La experiencia de su construcción teológica, como yo la había conocido, el ejemplo de su vida, el estilo humano y cristiano, el talante todo de su ministerio e incluso los más simples detalles de sus modales o vestimenta revelan en D. José un estilo personalísimo único y nos descubren su misión más profunda en el mundo y en la Iglesia, que yo resumiría así: ***AYo seré en el corazón de esta Iglesia signo personal de los Tres***≊:

Pero ahondemos ahora un poco más en el tema.

Hace ya muchos años, escribía R. Guardini, de quien D. José era gran conocedor, estas palabras sobre la persona cristiana:

AEl hombre es hombre en la misma medida en que, en

¹ Marko I. Rupnik, *Le abrazó y le besó*, Edit. PPC, Madrid 1997. Pag. 9.

*conocimiento y obediencia, realiza la relación tú con Dios. Si no lo hace, cesa de ser persona, porque el hombre con su existencia entera, sobre la que no tiene ningún poder, es respuesta a la llamada del Creador*².

La frase es fuerte y la claridad, meridiana. Pues tengo para mí que toda la obra de D. José es comentario y enriquecimiento, también doctrinal, de este pensamiento de Guardini. La persona es en D. José plenitud de respuesta a la llamada del Creador, que el Padre le hace a cada hombre en Cristo, con la fuerza y el aliento de su Espíritu. Y si no responde, cesa de ser persona, aunque pasee la apariencia.

Hemos asistido al triunfo personal de las Personas divinas, de Cristo, en la persona de D. José Rivera. Hemos tenido cerca, muy cerca los rugidos de una lucha personal titánica, desarrollada a lo largo de poco más de 65 años, y nosotros creíamos asistir a unos conciertos de músicas celestiales, que a veces no nos agradaban los oídos.

Y aquí está el contexto del título de la charla. Contemplando la muerte serena de su hermano Antonio, un 20 de Noviembre, y mirando también el horizonte de la futura ancianidad, desde la esperanza cristiana, dice:

² R. Guardini, *Mundo y persona*, Ed. Encuentro, Madrid, 2000. Pag. 123.

*ARecuerdo bien que, en mis primeros ejercicios, propuse hacer cuanto fuera necesario para gozar una muerte como la de Antonio. Una muerte de esclavo me ha horrorizado siempre; pero (aquella serenidad regia de Antonio en su 20 de noviembre! Pero más tarde, me ha acosado con mucha insistencia esta imagen de la vejez vencida; del hombre que ha de dejar por fuera, lo que anás interiormente; del malhumorado, del desalentado... Aun las contempladas en torno mío... Pero la ancianidad que me brinda la esperanza, es el espectáculo más bello que pueda darse en este mundo. **El triunfo de la persona humana** sobre su contorno, incluido su propio ser, su carne misma; el triunfo del cristiano sobre la vida; la victoria de Cristo llevada al paroxismo... Y detrás, tras la puerta de la muerte, inevitablemente cercana, la gloria del triunfo postrero, la gloria del amor mutuo, y por consiguiente, la gloria compartida de Cristo y de su amigo, de su esposa...≡³*

Esta manera de ser persona cristiana es la verdad central de D. José Rivera, que precisamente le hizo y sigue haciendo tan cercano a cada persona, como todos hemos experimentado en el trato con él. Era siempre la fuerte impresión de cercanía personal, de comprensión total, de entendimiento y clarificación personales lo que dejaba profunda marca en cada encuentro con él, hasta de los que le rechazaban.

He dicho conscientemente Ale sigue haciendo cercano a cada persona≡, porque me admira cada vez más que tantas personas que no le conocieron en vida, ni trataron, ahora por caminos tan diversos, se sienten alcanzados por su ejemplo, tocados por su ímpetu personal, que late en sus escritos y testimonios.

Es cierto que la mediocridad se le había clavado en los tuétanos, como enemigo declarado, pero es precisamente esa mediocridad que afea a las

³ Diario, 5 de Febrero de 1973.

personas, que obstaculiza el crecimiento personal, que deja enanas a muchas personas en las metas del Espíritu, la que D. José fustigaba y denunciaba.

Pues D. José no es simplemente un buen sacerdote que ha hablado mucho y con todo tipo de personas. Rivera no es solamente un tipo singular, con cualidades más o menos admirables. Su vida escondía, incluso en sus aparentes rarezas, un misterio: El vivía en el misterio de los Tres, con naturalidad, frontalmente, en el cara a cara de la fe experiencial. En relación personal gustada, saboreada. Y procuró con la gracia de Dios, precisamente frente

a esa mediocridad tan común, no sustituir nunca la relación personal - y menos con Dios- por nada.

D. José no tuvo otro trabajo fundamental, a pesar de que aparecía siempre tan ocupado y tan movido, que la construcción armónica de su personalidad cristiana. Ese era su principal tarea y la fuente de su fecundidad pastoral.

Y no miraba o buscaba sino a las personas en todas las tareas y ministerios, desde la breve experiencia parroquial de Santo Tomé y Totanes, siempre buscando a cada hombre, a cada mujer, a cada joven, para el perdón y la gracia, hasta la más continuada tarea de dirección espiritual de los últimos tiempos. Todo lo demás, fuera de la persona y lo personal, lo tenía a sus pies, le traía sin cuidado. Desde luego no daba mucha importancia a las formalidades y a lo institucional, que él veía siempre muy al servicio de la persona, si bien era respetuosísimo y finamente obediente.

Estudió muchísimo, en los ratos que le dejábamos, -ahí está, en lo que queda y dura, su bien abastecida y selecta biblioteca-, pero estudió simplemente para ser persona y ayudar pastoralmente a cada persona. No le importaron ni triunfos, ni glorias humanas, a los que podía haber aspirado con justicia.

Estos serán, pues, algunos de los apartados de mi charla, si Dios quiere que la desarrollemos como está previsto.

En un momento concreto de su Diario llega a decir que ésta es precisamente su especial vocación:

AVeo claro el amor de los Tres, que no me abandonan, a pesar de mis continuos desprecios. Mi vocación especial es vivir este misterio. Llamada actual a regular mi vida por él⁴.

⁴ Diario, 12 de Mayo de 1961.

Es más, la llamada personal a la santidad es experimentada siempre como urgencia del amor de los Tres. Nunca como tarea propia, ni siquiera como esfuerzo personal:

Alamadas personales: no ha pasado temporada en mi vida, sin que Dios me urja a la santidad. En cualquier estado que me haya visto, no han pasado tres meses seguidos, sin que me ocurriera alcanzar la santidad, ni aun sin trabajar algo por lograrlo. Y esto a partir de los 9 ó 10 años, o tal vez antes⁵.

Esto quiere decir que a lo largo de toda su vida -infancia, adolescencia, juventud, etc.- D. José se ha dejado configurar según la gracia de este misterio personal de conocimiento y trato con las Personas divinas. Por eso lo predicaba tan continuamente. Y esta intimidad personal con Dios, y en Dios con los demás, producía ese desarraigamiento característico suyo respecto de tantos intereses mundanos o esos despistes suyos respecto de sucesos de moda.

Se ha dicho que D José no fue niño. Pero ¿qué es realmente ser niño, según nos revelan el Evangelio y los santos? Se ha comentado que D. José no pasó por la adolescencia o la juventud. Y ¿qué es ser joven o adolescente? Estos son algunos de los criterios que a la luz de esta charla tendríamos que purificar y aclarar.

Resumiendo esta introducción, diría que D. José es desde el principio un enamorado de la plenitud personal, arrebatada de la belleza, que es Cristo. Estaba especialmente dotado para percibir, para adivinar, para saborear la belleza personal de Cristo y en El, a cada uno de todos los hombres.

Dado su estilo personal, la gran gracia inicial, de la que hablábamos en la Apertura del Proceso de canonización, le situó desde los 16 años en unos deseos, en un camino de entrega total, que es lo propio de la persona madura.

Andariego él de tantos caminos, siempre se mantuvo en los caminos

⁵ Diario, 14 de Julio de 1961.

personales, ingresando en la intimidad de muchísimas personas, escuchando abundantes confidencias, leyendo muchas confesiones de hombres de toda condición. Todos sabemos cuánto gustaba del género de las biografías, que él siempre traía entre manos y con frecuencia regalaba o aconsejaba.

ALa única tarea cierta es la construcción de mi personalidad. Y esa va obrándose con temor y temblor, por la fidelidad al Espíritu, misteriosa-mente. No es un artefacto controlable, del cual pueda gozar en egoístas contemplaciones. Los ensanchamientos de mis visiones son meras consecuencias, que, si Dios quiere, serán algún día utilizados para alguna actividad, o algún objeto perceptible. Pero yo de eso nada sé por hoy. Solamente importa que mis quehaceres me edifiquen a mí mismo⁶.

II.-)QUÉ ES SER PERSONA?

Para D. José, que pensaba y vivía en totalidad sobrenatural, ser persona es simplemente ser hijo de Dios, ser divinizado, consagrado totalmente, a imagen del Hijo muy amado del Padre. El lo repite continuamente y todos se lo oímos predicar abundantemente. Ser divinizado: esto es ser persona.

APero vivir, hacerse hombre, y para ser hombre no hay otro sistema sino ser hijo de Dios, eso no lo hace casi ninguno. El mundo está literalmente organizado, para que los hombres aparenten que

⁶ Diario 1973

*viven, y disimulen la muerte real en que se alojan, con el ruido y con el movimiento. Barullo; eso es todo. O casi todo*⁷.

Muchos conocemos la impresión de Ahijo mimado \cong por Dios, con que D. José vivía, pues era fuerte y viva su experiencia del amor de Dios, de su cuidado amoroso y paterno y de cuanta gracia le había transformado en su vida.

Pongamos el ejemplo del carácter:

⁷ Diario, 6 de Agosto de 1972.

AQue un temperamento naturalmente angustiado y pesimista como el mío, pueda vivir tranquilo y confiado, en lúcido optimismo irrompible, es milagro para convencer a cualquier persona de buena fe⁸.

La persona cristiana no consiste, no se hace porque la fuerzas humanas todas, tal como son, se disparen hacia las Personas divinas, sino que es preciso ser divinizado y que tales fuerzas sean transformadas. No es orientar hacia Dios los valores ya existentes, sino ser literalmente transformado y recreado. Nadie como él ha penetrado con estas explicaciones tantas explicaciones de las parábolas evangélicas, de los Atalentos[≡], de los Atrabajadores a distinta hora[≡]..., que a él le centraban de inmediato en el Espíritu Santo, como verdadero don personal, al que abrirse y del que dar cuentas, porque Dios es bueno y lo regala abundantemente.

Por eso también la importancia que D. José daba siempre a la dichosa tarea de la abnegación:

AAdulto cristiano es el despojado de esta personalidad que tan celosamente quisiéramos guardar y cultivar, hablando más exactamente, de esta imagen de nuestra personalidad que diseñamos nosotros mismos. Y con ella de toda esa serie de tendencias, que en un momento determinado nos parece absolutamente necesario satisfacer⁹.

Esta tarea de la abnegación no es horrible, como a tantos parece, aunque sea verdadero alumbramiento, en los brazos del Espíritu y en el seno de la Iglesia. Pues en el fondo, por ser muy propia de Dios la tarea, es asunto de oración, de recibir su palabra, de esperarla pacientemente, de seguir creyendo, aunque incluso nos parezca que no se produce nada.

Meditando en el sacramento de la Penitencia, concluye esta misma

⁸ Diario, 4 de Septiembre de 1974.

⁹ Diario, 21 de Abril de 1972.

verdad de lo que es ser persona, ser hijo de Dios:

ALa fórmula de la absolución actual: Dios todopoderoso...: acción del Padre: todopoderoso, creador, misericordioso: su amor se vuelca sobre los inferiores, en cuanto criaturas, en cuanto pecadores. Con todo el interés -el amor- que se ha manifestado en la entrega de su Hijo al mundo. Y a mí me alcanza de lleno ese amor por hijo concreto, personal, individual, y por apóstol, por hombre, de cuya correspondencia, de cuya fidelidad a la gracia depende, de hecho, la salvación y santificación de muchísimos otros. Innegable la alteza a que me llama¹⁰.

Esta es la única tarea, aunque sea obrada por el Espíritu con temor y temblor. Y desde luego, esta obra no es un artefacto controlable por el sujeto cristiano. Solo importa abandonarse a la confianza y esperanza en Dios, cuidando, eso sí, de que todas las tareas le edifiquen a él como persona.

(Cuánto debemos hacerlo todos, en estos tiempos de prisas y de tareas, en los que tan fácilmente se olvida la persona! Así interpretaba D. José la frase de PO, referida a la santidad de los sacerdotes: A Los sacerdotes se santificarán en el ejercicio de su ministerio¹¹:

ALo que presta eficacia a mi actividad es su sacramentalidad. Que sea realmente acción de Cristo en mí. De Jesucristo en mí: pasada, digamos por mi personalidad, consciente, gustosa en este aspecto fundamental. Partiendo de la eucaristía, corriendo a través de mis actuaciones sacramentales -(tan pocas!- y del oficio divino; llegando hasta los actos más exteriores y, aparentemente, más naturales. Evidentemente es pura gracia. Pero

¹⁰ Diario, 24 de Octubre de 1972.

¹¹ PO. 13.

innegablemente es gracia que Dios quiere concederme≅¹².

La faena, en definitiva, es de Dios, es de iniciativa divina. Y ello exige de nosotros atención gozosa y esperanzada a la obra del Padre. Todo cristiano ha de aspirar a saborear y contemplar lo que Dios va haciendo en él, como Cristo revela en el Evangelio de sí mismo. Abierto a la contemplación de la creación y de las cosas, atento a las mudanzas del mundo y de la historia, que descubren la presencia activa y amorosa de las Personas divinas, el hombre cristiano no puede olvidar que es en su propia persona, en su propia vida donde Dios Padre nos descubre lo mejor de su obra: AMe alegre de que existas; me alegre de hacerte existir≅.

Refiriéndose al saber vivir de lo único que alimenta y nutre nuestra personalidad real, la única posible, y que es hacer la voluntad del Padre, D. José exclama:

¹² Diario, 16 de Abril de 1977.

APues creo, con recia certidumbre, que soy hijo de Dios, y no puedo ser otra cosa, salvo un monstruo eternamente desgraciado, inexpresablemente desgraciado...¹³.

D. José pedía constantemente la gracia de abandonarse totalmente a Dios, de permitirle al Padre manejarle, para que El pudiese llevar a término la faena que quiso obrar en él con su colaboración. Ahora creemos y esperamos con la Iglesia que Dios ha rematado definitivamente esta personalidad cristiana en él.

En esta perspectiva le horrorizaba la vanidad del vivir y del obrar en su vida, las apariencias, el medio-ser o el medio-obrar. Y sabe y practica que momento tras momento, hay que elegir entre la afirmación de la Presencia Personal divina y alguna apariencia humana, que se nos ofrece tentadora. La verdad, no aparente, de Dios presente, amoroso y activo, le hace ver toda realidad de modo distinto.

Llega a hablar de *Avalores de pantalla*≅, es decir, de valores humanos, humanamente cultivados, de los que él tenía muchos, que en el fondo sirven de dificultad, de pantalla, para la plenitud de realización personal, que nos viene de Cristo, solo de Cristo.

Este horror se le agudiza, cuando piensa en la muerte:

AHe temido siempre morir y condenarme -morir sin alcanzar la plenitud- y aun he temido -muy razonablemente- la posible vejez egoísta, desvalida, interior y personal (el desvalimiento corporal no me impresiona en absoluto). Temó el purgatorio. La inutilidad relativa de mi vida: morir a medio hacer. (Por más que a medio

¹³ Diario, 30 de Abril de 1976.

*hacer significa, necesariamente, la gloria eterna!*¹⁴.

Ciertamente lo único sensato para D. José Rivera es atesorar en el cielo. Como todos los santos. Y por el camino del despojamiento, porque la pobreza hace a cada uno más persona.

Buen conocedor de la filosofía clásica, de los filósofos antiguos, D. José no está enamorado de la visión del hombre como microcosmos, de que el hombre ocupe un lugar axial en el Universo.

Más bien, es heredero de los Padres de la Iglesia, de los que también es buen conocedor, aunque hubiera de estudiarlos en tiempos de enfermedad.

Lo mismo que para los Padres, para D. José Rivera importa la imagen divina que el hombre es y la semejanza que tiene que acrisolar poco a poco en este mundo.

Citemos dos textos de Padres, que explican e iluminan esto y que a buen seguro D. José conoció y meditó.

San Gregorio de Nisa dice con cierto humor:

¹⁴ Diario, 7 de Mayo de 1976.

*A*No hay nada notable en el hecho de que el hombre sea la imagen y el simul del universo, porque la tierra pasa y el cielo cambia... Creyendo exaltar la naturaleza humana con ese nombre grandilocuente de microcosmos, síntesis del universo, se olvida que el hombre se encuentra así adornado con las cualidades de los mosquitos y de los ratones¹⁵.

San Gregorio Nacianceno, amigo del anterior, decía:

*A*En mi cualidad de tierra, estoy atado a la vida de aquí abajo, pero como soy también una parcela divina, llevo en mi seno el deseo de eternidad¹⁶.

III. PERSONA A IMAGEN DE CRISTO

Pero se es persona únicamente a imagen de Cristo. Y es aspiración entusiasta en D. José poder decir, como Cristo, Alas obras que el Padre hace en mí, y la obra principal es precisamente ésta: Que seamos, que seamos personas totales.

¹⁵ PG. XLIV, 1760-1801.

¹⁶ PG. XXXVII, 452.

AEl prosigue incansable e incesante su faena y llegará, ciertamente, el día en que todo nos sea común: ALas obras que el Padre hace en mí≡, Alas obras que el Padre me da≡ Así podré decir yo también del Padre y de Cristo y del Espíritu. Y un día, mi muerte será la muerte que Cristo muere en mí, vale decir, participación de la suya y será nuestra pascua, el paso -tarea común- de mi personalidad a la plenitud de la perfección gozosa≡¹⁷.

)Por qué a imagen del Hijo?

El ser del Hijo Jesucristo es relacional. Vuelto hacia el Padre totalmente. En eso consiste su personalidad misma, que al asumir una humanidad, vuelve la Humanidad entera hacia el Padre. Aspecto de la Encarnación que muy poco se contempla, pero que tiene tantas consecuencias para la divinización del hombre.

Y es que la entrada del Verbo, Hijo de Dios, en el mundo ha hecho estallar todo, en novedad absoluta y eterna. Salta la humanidad en todas sus formas y se produce el escándalo, la sorpresa, el susto. Saltan los modos humanos, los pensamientos humanos, respecto de Cristo, el Hombre nuevo, que es la medida de todas las cosas.

Esta novedad de Cristo nos descubre en primer lugar su grandeza. Respecto de El se mide toda perfección, toda felicidad, toda maduración personal, la de cada uno de todos los hombres que son, han sido y serán. Jesucristo ha sido puesto como ruina y resurrección de cada uno de todos, como proclama el anciano Simeón. No solo la ruina o la resurrección última de la personalidad de cada uno, sino que en cada personalidad, la ruina de muchas construcciones parciales y la resurrección de otras depende siempre de la unión con Cristo.

Y por eso el único sentido que D. José quiere dar a su vida es alcanzar la medida de la donación de Cristo. Y eso es desarrollar la persona cristiana en plenitud. Es más, no hay más orden y hermosura posibles de la persona en este mundo, a la luz del misterio de la Encarnación, que en Cristo y bajo la acción de Cristo. Pero conocer y vivir todo esto con la persona entera es pura

¹⁷ Diario, 1 de Mayo de 1971.

gracia, que hay que pedir y esperar muy confiadamente.

Importa, pues, ingresar en la intimidad personal de Jesucristo. No simplemente alcanzar una cierta bondad, una cierta fidelidad a Dios, sino ingresar de pleno en la intimidad de Jesucristo, que es en definitiva obra de su Aliento personal, el Espíritu Santo.

*ASolo la conciencia viva de su presencia personal humana, solo el aliciente de su realidad, incluso corporal, puede, dados los caminos redentores, sacarme de mis campos naturales, llenos de presencias corporales, de atractivos perceptibles, de menudas verdades constatables con la ayuda de los sentidos...*¹⁸

Esto lo dice, refiriéndose a la Eucaristía y a nuestro modo de corresponder a esa presencia corporal, de hacernos presentes al presente. Y por ello se hace preciso vivir con advertencia continua de la presencia persona activa de Cristo. Es lo que dar sabor gratísimo al vivir personal cristiano. (Pero casi nadie se lo cree!

No se trata de buscar unos momentos de intensa concentración en la propia voluntad, que nos ordene luego el comportamiento -eso es para muchos la oración-, sino de saber dedicar unos minutos a contemplarle a El, lo que es, lo que hace, lo que quiere hacer en nosotros, Aen plenitud de respeto al misterio de su actividad sobre mí≡.

Siempre la reacción y el planteamiento son en D. José radicalmente personales:

AAquí está todo. Que el mundo busca remedio, aunque sea en Jesús, y le miran a El como solución de tal o cual problema: en cuanto a mí, lo que me sale es contemplarle a El sin más, y sólo allí encuentro los problemas que hay que solucionar. Y eso constituye, literalmente, dos mundos diversos, opuestos incluso, en cierto sentido. Verlo así, siempre lo veo. Posiblemente, mi propio temperamento personalista y absoluto es un buen instrumento en este

¹⁸ Diario, 20 de Junio de 1972.

sentido ¹⁹.

Un paso más de esta unión con Cristo es dejarse hacer totalmente por El, disponerse a Cristo con verdadera actitud esponsal:

¹⁹ Diario, 5 de Abril de 1972.

A(Qué fecundidad enorme de vida, de belleza, de fuerza sobre el mundo, sobre tal y tal persona, sobre tales y tales grupos, si permito que este humilde y manso amor de Cristo disponga realmente de esta pobre personalidad mía, que El ama tanto!²⁰

Y es que respecto de Cristo todo hombre es totalmente afín, está hecho plenamente para El, le pertenece. Solo que raramente la gente ensaya a vivir su personalidad auténtica, esta afinidad con Cristo e, incluso, raros son quienes la creen. Parece fácil creer en otras afinidades humanas y deshacerse en efusiones y ternuras, que luego negamos tranquilamente a Cristo. No es ese el testimonio de los santos.

Pero es que además la experiencia de Cristo nos hace ver que El crea la capacidad de compartir, de recibir de El, y también de compartir con otros. Hechos para recibir radicalmente de El, nos hace capaces de compartir con los demás.

En definitiva, D. José vivió la experiencia de que Cristo basta para toda perfección y dicha, porque todo nos lo ha querido dar el Padre por El. También la madurez personal.

ASingularidad absoluta del amor de Jesús. Como he visto tantas veces, la unión posible entre dos personas humanas, no hubiera satisfecho jamás las exigencias extremas de mi afectividad. Sólo esta asimilación total, por la cual sus actitudes pasan íntegras a mí, y me transforman en El, puede saciar mis tendencias interiores de unidad. Sólo respecto de El, pueden ser realidad, simultáneamente, la permanencia personal -soy yo, y aun sólo así, soy yo en plenitud- y la comunicación total: transformación total en El. Solamente El puede asumir a una personalidad humana, construyéndola y asimilándola; asimilándola porque la construye y viceversa. Notar que es, simplemente, la reproducción del misterio de la Generación eterna. Ante esta realidad, toda unión humana, meramente humana, es como nada. Y por lo demás, tal unidad con Jesús crea toda posibilidad de unión humana real. Todo el resto es mera apariencias²¹.

²⁰ Diario, 10 de Noviembre de 1974.

²¹ Diario, 14 de Abril de 1977.

IV. VISIÓN DE SÍ MISMO Y MISIÓN PERSONAL

Más de una vez he señalado que D. José, sin ánimo de soberbia o vanidad, se tenía él mismo por una personalidad singular. Y usaba para explicarse ejemplos muy gráficos:

AEs como si mi personalidad estuviera editada en formato mucho mayor del ordinario. Como esos libros publicados en lujo, que por su tamaño no encajan en los plúteos de las bibliotecas, que han de ser colocados aparte, pero que constituyen el máximo ornato a los ojos de ávidos bibliófilos²².

Se sabía portador de ese algo indefinible que Dios había puesto en él y que de alguna manera le separaba de los hombres. Este algo consistía en la sed de traspasar todas las fronteras imaginables en los terrenos del conocimiento y del amor. Sed de saberlo todo en todo, penetrando las relaciones de todo con todo:

APues, lo más mío de todo, es la propensión a la Verdad y al Amor, a la substancia de los objetos y sucesos, a la hondura, a la ultimidad de todo. Y a eso me conduce lo espiritual. Es cierto que, para llegar a la substancia, tengo que atravesar apariencias, y en primer lugar, debo traspasar mis propias apariencias, solidificadas por el hábito de pecado, trabajosamente construido durante años. Por ello, las enunciaciones espirituales toman disfraces de esfuerzo, de lucha. Mas la realidad es que son las excrescencias pecaminosas las que duelen, las que impiden que uno viva como es, según la propia verdad, y conforme consigo mismo. El hombre se desvive, avanzando de apariencia en apariencia, alejándose de sí mismo, en menester continuo de destrucción, que remata en la condenación infernal eterna. Vivir es construir la realidad, dejándose construir

²² Diario, 20 de Junio de 1972.

por la gracia, por la caridad divina creadora. Que es, ahora, la acción de Jesús resucitado²³.

Esta totalidad personal le hace experimentar a D. José Rivera su especial aptitud para la relación personal total, tanto con Dios como con los demás. Y por eso se siente flechado por la Verdad y el Amor que es Cristo. Y a la vez se descubre capacitado para las relaciones personales hondísimas con El:

²³ Diario, 13 de Abril de 1977

ALa Misa y el oficio de hoy (Jueves de la Ascensión), sobre todo éste, insisten en la capacidad saciante de Cristo, a quien llama Avoluptas cordium≡ Avincens humana gaudia≡ Voluptuosidad de los corazones, que supera los gozos mundanos... Sentirlo, experimentarlo y atestiguarlo: tal parece ser el matiz peculiar de mi misión personal≡²⁴.

Esta misma totalidad personal le libra, le saca de toda mediocridad, que él define como confinamiento consciente y voluntario de las propias capacidades, en el desarrollo de la propia personalidad, cuando Dios, que rompe, que estalla todas nuestros confines, nos quiere llevar hasta la plenitud de la divinización. Habría que releer el Cuadernillo sobre la mediocridad para encontrar páginas y afirmaciones preciosas sobre esto.

Fruto de todo esto, D. José se sintió especialmente preparado para la Dirección espiritual, ese trato con cada alma, en los dominios del Espíritu Santo. Y además con todo tipo de personas, porque con todas y a todas el Espíritu quiere conducir a la santidad y D. José se sabía en estos dominios especial instrumento del Espíritu.

Confidente de muchas conciencias, apoya y afina esta capacidad en la afición al estudio de la Teología, de la Ascética y mística, de la psicología, que realizaba con talante personal. También la tendencia a la oración y la facilidad para mantenerla ininterrumpida durante horas.

Pero sobre todo, el gusto por el trato personal -disfrutaba con toda conversación, aunque muchas veces hablaba solo él- le hizo especialmente diestro para lograr la apertura de conciencia de todo tipo de personas, incluso de gente muy cerrada. Conocía todas las cerraduras de la conciencia humana. Y espero que algún día se puedan estudiar sus criterios de discernimiento y su modo de conocer y de responder desde la gracia a la persona, sin que ella muchas veces hubiera dicho nada o casi nada o estuviera psicológicamente

²⁴ Diario, 11 de Mayo de 1972.

desvencijada.

Según esto, D. José se sabía preparado no para una actividad de ancha resonancia. Sabía desaparecer, buscando alguna oveja perdida en los arrabales de Madrid o de Guadalajara o de algún pueblo de la diócesis, en cuanto se avecinaba en la vida del Seminario alguna celebración, festejo u organización por el estilo.

Pero la colaboración personal interior era lo suyo:

AConciencia de la obra a que estoy llamado. No obra exterior, aparatosa -tal faena ha quedado desde siempre excluida de mis ambiciones, por insatisfactoria; no me atrae-, pero sí obra personal, de intimidad múltiple. Ahora es preciso que mi interior sea todo combustible. Y que renuncie a cuanto no pueda arder. Que dejándome iluminar y abrasar, cualquier movimiento interior no combustible desaparezca de mí, porque no se encuentra en su lugar. No me parece difícil, ni costoso. Se trata no más de dejarme querer²⁵.

Es más, todos estos modos le levantaban a una vivencia y colaboración sacerdotal verdaderamente místicas, que a nosotros ciertamente se nos escapan:

AMi conciencia de que intervengo, sin parar, en la celebración de la Eucaristía; de que, dondequiera un sacerdote celebra, yo concelebro con él. Que mi actividad material en la Misa de cada día, en la que `celebro yo´, no es más que un momento -aunque cumbre- de una actividad ininterrumpida. La categoría de mi calidad de sacerdote. Mi eficacia de ministro del Señor²⁶.

Así D. José comentaba, contemplando a María, que ser y misión, personalidad y misión se identifican:

AEn una personalidad realizada, incluso en vías de realización, pero que se realiza sin extravíos, la personalidad se identifica con la misión: por eso la personalidad de María es absolutamente materna. Por eso la comprensión de mi paternidad sacerdotal es una participación de su maternidad total, que he de

²⁵ Diario, 15 de Abril de 1972.

²⁶ Diario, 23 de Marzo de 1977.

recibir conscientemente de ella...≅²⁷.

V.- ALGUNAS APLICACIONES

V.1.- LA GRACIA DE LA INHABITACIÓN:

D. José Rivera reconoció siempre y predicó con profusión abundantísima que la obra principal, la obra primera que Dios produce en nosotros, en él mismo, como en todo cristiano, es la gracia de la intimidad personal divina. Es más, esa es la razón última de todo, de la creación, de la vida, de la fe y de todo el vivir cristiano. Algo que nosotros olvidamos tan fácilmente.

Toda gracia sacramental, toda gracia de cruz, en el ejercicio de la caridad, también las cosas y la creación, toda gracia es primero de unión y de intimidad con El. Dios es el que regala siempre, porque puro Amor y Don, y no le gusta nada el famoso juegucito del Aamigo invisible≅, aunque tantas veces nosotros le sintamos oculto y escondido. Como dirían los místicos, ese escondimiento es para más profunda noticia.

Y sobre todo, D. José supo escuchar en las profundidades de su espíritu la voz del Padre, como San Ignacio de Antioquía, que pronuncia su Palabra, con la fuerza infinita de su Aliento.

Para esta unión, para esta intimidad divina se el presentan de continuo las Tres Divinas Personas:

²⁷ Diario, 11 de Febrero de 1975.

AEl fin inmediato de mi actividad entera es la vivencia de la inhabitación de las Divinas Personas presentes, amantes, activas en mí mismo, como principio de toda mi vida. Su acción es el alma de mi personalidad operante. Cristo, tal como es, vive en mí²⁸.

La fe le revela siempre a D. José, en todo momento y en toda tarea, la presencia operante, activa y amorosa de las Personas divinas.

Y ante esa presencia, no hay otro espectáculo que contemplar, ni otra novedad que descubrir. Es siempre el misterio personal de los Tres lo que le envuelve en comunicación continua y personal.

Y cuando esta realidad no se vive, no se espera vivir, ni se desea en todo, toda otra realidad se pierde, se vuelve apariencia o se frustra, incluida la realidad personal humana. Solo la santidad personal, vivida en la intimidad de los Tres, transforma el mundo. Lo demás son meras reformas superficiales. Por ejemplo, la lucha por la justicia social:

²⁸ Diario, 7 de Febrero de 1977.

A Todo lo demás es mero cambio en la misma línea de nivel inferior, pura mutación de defectos y excrescencias, más semejantes, acaso, a ciertos aspectos evangélicos, pero igualmente lejanas del Evangelio, de la realidad anunciada de en la Buena Noticia, de Cristo mismo. La justicia social, que buscan tantos, es algo tan distante del cristianismo, como la injusticia social que desean suprimir²⁹.

La imagen de Templo para contemplar a Jesucristo, le hechizaba a D. José Rivera, no solo por la circunstancia concreta de tener capilla en casa o, mejor dicho, de que el Señor hubiera tomado posesión de su casa, allí en Santa Isabel, 2, sino porque los Tres vivían en él y D. José sabía arañar el tiempo y las horas a los días y las noches para esta intimidad divina, como quien no tiene otra cosa mejor que hacer y vivir. Sabía convertir el estudio, abriendo la puerta del oratorio, en adoración continua, porque otra postura significa usar la inteligencia sacrílegamente. O procuraba gestos y posturas, incluso corporales, en casa o fuera de casa, que le recordaban y le disponían mejor para esta presencia.

A nadie, como a él, he oído explicar y presentar tan vivamente y mejor la pasividad activa de la vida cristiana y de la mística ante la gracia y la presencia divina. Esta conciencia de pasividad se convertía en experiencia de presencia e intimidad; era como el ayuno necesario, que prepara encuentros más profundos y personales. Nosotros que tenemos infantilmente tanto miedo a toda clase de ayunos:

A Resulta esencial que el principio personal de mis operaciones sea, inmediatamente advertido, el Espíritu Santo. No sólo un ideal propuesto, que dado mi temperamento intensísimo me arrebatase, sino una conciencia de pasividad, que me produzca la sensación de intimidad personal con el Espíritu Santo, y me

²⁹ Diario, 7 de Enero de 1977.

posibilite advertirle actuando en mí en todas esas actividades, objetivamente menos gratas a mi personalidad humana, tal como ahora es.

Porque es urgente, urgente. Los hombre viven muertos, o comatosos; la situación es horrible, tanto más que inadvertida para multitudes. Sienten, desde luego, el malestar, pero no saben de donde les viene. Urgente, urgente \cong ³⁰.

D. José no entendía acto Acristiano \cong , sino el acto consciente de ser movido plenamente por las Personas divinas. De nos ser así, pues se medio vive, se medio actúa o cuasi-actúa. Y éste es el gran drama de la Iglesia, tener al frente de muchas misiones y tareas, a veces muy importantes, a medio personas, que cuasi-actúan.

De parecida forma se expresa, cuando aconseja a una dirigida y le invita a la santidad, con sencillez y mejores palabras:

ALo primero es la seguridad de que está llamada a ser santa, a alcanzar la plenitud absoluta de su desarrollo posible en cuanto a la personalidad. Quiero decir en cuanto a la armonía de sus facultades humanas empapadas de fe, de esperanza y caridad. Y que la raíz de esa vocación es el amor infinito que la tienen estas Personas. Que realmente desean unirla a Ud. con ellas en la mayor medida posible. Si todo eso lo piensa teniendo en cuenta la Encarnación del Verbo, puede hacérsela más fácilmente pensable. Hay un hombre real, perfecto, pero de personalidad divina, infinita, que la conoce, la ama incluso sensiblemente, con un amor de tal estilo que durante toda su vida mortal quiso morir, cuando el momento señalado llegase, por Ud., y que prosigue amándola con el mismo amor que llega hasta la muerte. No se trata ahora de si lo siente Ud. o no, sino de que esto es una realidad.

En segundo lugar dése cuenta de que esto, el alcanzar esa unión con tales Personas Divinas, es lo único que tiene que hacer en su vida. Que todo lo demás, parezca lo que parezca, es literalmente nada, tomado en el conjunto de su vida. Que no va a quedar nada de ello \cong ³¹.

³⁰ Diario, 3 de Mayo de 1976.

³¹ Carta 119.

En definitiva, Dios es Amor y esto revela lo esencial en Dios. Pero amor quiere decir por definición comunicación e intimidad, puesto que se trata de personas. Esto es lo esencial del misterio cristiano y lo que todos estamos llamados a vivir plenamente aquí en la tierra y en puro gozo y fruición en el cielo.

Por ello quien no tiene experiencia personal del amor auténtico, no tiene experiencia de Dios. O Dios tendrá que hacer en él rectificaciones, incluso psicológicas, muy serias y dolorosas. Captan Uds. la importancia del matrimonio, de la familia, etc. y la gravedad de tanto destrozo personal, como suponen todas las medias relaciones que se imponen, con la parejas de hecho y otras zarandajas. Es insensatez gravísima, porque afecta a estos caminos de la inhabitación.

Esta era su vida, en resumen; en estas tareas se le iba el tiempo. Cuando D. José estudiaba, no curioseaba simplemente, sino que experimentaba el atractivo del misterio personal divino y del misterio de sus planes. La avidez intelectual fue purificada y transformada finísimamente en sed de Dios.

Cuando D. José hablaba, predicaba, lo hacía siempre contemplando y gustando la obra de la gracia, de las Personas divinas en los oyentes, saboreando el aspecto letificante de las tareas y sabiendo estar cada vez más personalmente en ellas.

Y cuando oraba..., cuando oraba, ¿qué decir?. Aquí me pierdo, porque este es otro tema para estudiar despacio. Solo anoto un texto, que allá por el año 1974, desde Palencia, apunta ya en D. José la oración continua:

*AOración desde las 4,15. Asombro ante la acción de Dios en mí. Tantas realizaciones apenas columbradas, que se llevan a término, o se inician y avanzan con paso firme, en tan breve tiempo... Y tantas actitudes y visiones trocadas, o en vías de trocarse. No podría decir ya -como hace bien poco- que *vivo de noche+, que *mi universo es distinto...+. Verdad que hasta cierto punto lo es, pero de otra manera; actualmente vivo con la gente, sin poder ya separar la noche del día. Mi personalidad se emplea a fondo las 19 ó 20 horas de jornada consciente; no siento más peculiares los ratos de estudio, ni aun de oración, que los tiempos consagrados al resto de las actividades. Mudanza de altísimo bordo. Mi oración se manifiesta*

*eficientísima*³².

V.2.- TURISMO Y PAISAJES

Otras muchas cuestiones habría que iluminar a la luz de estilo personal riveriano. No tenemos tiempo.

Pero sí voy a referirme a un aspecto, aparentemente menos importante, pero muy iluminador y significativo de esa mirada personal de D. José que lo trascendía todo y lo levantaba todo.

En este punto no voy a hacer comentario alguno. Solamente dejarle hablar a D. José. El párrafo es largo, pero excelentemente dicho y explicado; no necesita glosas. Simplemente pueden dejarse llevar, con la imaginación, por un paseo nocturno por Toledo o ante la visión de los miles de turistas, que nos visitan continuamente o en la contemplación de un paisaje cualquiera:

*Gozo de los paisajes; pero creo que solamente pueden gustarse a modo humano -y no digamos a modo divino- cuando se los trata. Los paisajes tienen su *personalidad+, su peculiar perfil interior, que no descubren sino poco a poco, a quien se entrega morosamente a ellos. Nada más lejos de mi pensamiento encendido, que el turismo, que es esencialmente la vista somera de todo, el desfloramiento de las realidades, muchas veces altísimas, sin penetrar en ninguna. Como me hieren las presentaciones rituales de las personas: aquí fulano de tal, ¿no se conocían? Mucho gusto... Y todas esas estúpidas danzas mentales, que la sociedad ha ido inventando, segregando de su propia necedad íntima. Una red de araña para entretener, para detener la vida auténtica. Y ahora, insatisfechos con estas profanaciones de los contactos humanos, los hombres han ideado el turismo. Y las maravillas que Las Personas*

³² Diario, 25 de Noviembre de 1974.

divinas han planeado y ejecutado en siglos y siglos, o que los hombres mismos, utilizando dones divinos, y colaborando, quieras que no, con esas divinas Personas, han ido construyendo en milenios, las soban los hombres hoy, rasguñan la superficie con la mirada distraída -porque hay prisa, Dios mío, hay que decir que hemos estado en muchos lugares, contemplado muchos monumentos- con la mirada insipiente, y se vuelven a sus lugares tan contentos de no haber hecho nada, de haber perdido el tiempo que Dios les había otorgado, con un amor infinito, para que vivieran. Bien decía Ortega que el hombre cuasi-hace; realmente cuasi-vive. Pero vivir, hacerse hombre, y para ser hombre no hay otro sistema sino ser hijo de Dios, eso no lo hace casi ninguno.

Un paisaje requiere para darse tiempo; atención amorosa, continuidad incansada. Cuando uno lleva horas tratando con el mismo panorama; cuando vuelve al día siguiente, va entrando en contemplación, y el lugar le cuenta bajito, secretamente, el mensaje divino, secular, que guardaba precisamente para él. Ciertamente, a veces de golpe, uno siente el súbito enamoramiento de un lugar, el deslumbramiento de una hermosura concreta en un trozo de tierra, en una masa de agua, en un edificio o un cuadro. Son las afinidades interiores, indescriptibles, incalificables, que exigen, por ello mismo, más trato todavía. Significa que ese lugar, monumento, o cuadro, está especialmente hecho para mí; que en el plan del Padre fue creado, construido, pintado, para comunicarme un secreto suyo, que sólo yo soy apto para captar. Pero, Dios mío, ¿quién piensa hoy en secretos, ni en hondísimas comunicaciones?. Todo es público, todo es común, y en suma, todo no es. Cuando el propio cuerpo humano ha dejado de ser símbolo de una realidad personal; cuando todo el mundo muestra todo lo que tiene, cuando el pudor personal, que no es cuestión meramente sexual, vigilancia ante movimientos corporales sexuales, temor a las incitaciones a la fornicación, sino que es esto: sentimiento o idea de la intimidad personal, que no se descubre sino al amigo probado, ¿cómo podría sentirse nada de esto, respecto de los paisajes o las obras de arte? El arte no se enfrenta como la revelación personal de un hombre, a la que hay que acercarse con inmenso respeto, sino como un objeto de placer somero, que está ahí para que se divierta la muchedumbre

impersonal... Cuando la mujer se desnuda -ya totalmente- ante cualquiera, porque incapaz de conocerse a sí misma, no se siente en relación con personas: persona frente a persona -sino en situación de gusto material o si acaso sensible- ¿qué vamos a pedir respecto de las obras de nuestras manos? Dios tenga misericordia de nosotros.

Y entretanto, los pocos que sentimos aún la realidad personal como un todo, y saboreamos cada una de nuestras acciones, y cada uno de nuestros artefactos como prolongación de la propia personalidad, aguantaremos hasta que Dios nos lleve, en este mundo que se nos ha tornado, definitivamente, hostil y ajeno³³.

VI.- FINAL

Otros muchos puntos podríamos contemplar a la luz de este mensaje de D. José. Estoy pensando en el tema de la abnegación y de la mediocridad. Y tantos otros que siempre son iluminados por D. José Rivera desde estas alturas de la personalidad cristiana madura. En definitiva, desde la santidad, desde el santo, que es el verdadero punto de referencia.

No quisiera rematar la charla con este final fuerte, seco, no sea que les deje a Uds. mal sabor de boca. Levantemos la mirada de fe y confianza, porque en definitiva el triunfo de la persona cristiana es salir hacia afuera de nosotros mismos para caer en el amor de Dios de manera total, en el misterio del Amado y empujados por su Espíritu.

En este Año Jubilar, que celebramos para recordar eficazmente le Encarnación del Verbo, salen a los escaparates de las librerías infinidad de AVidas de Jesús[≡], escritas por muy diferentes autores.

El 6 de Agosto de 1936, François Mauriac escribe en la Introducción a su *AVida de Jesús*[≡]:

³³ Diario 6 de Agosto de 1972

ASi no hubiese conocido a Cristo, `Dios´ hubiera sido para mí una palabra desprovista de sentido. Excepto por una gracia particular, el Ser infinito me hubiese resultado inimaginable e impensable. El Dios de los filósofos y los sabios no hubiera tenido cabida alguna en mi vida moral. Era preciso que Dios se sumergiera en la Humanidad y que en un momento preciso de la Historia, en un punto determinado del Globo, un ser humano, hecho de carne y sangre, hubiese pronunciado ciertas frases, ejecutado diversos ademanes, para que yo me hincara de rodillas. Si Cristo no hubiera dicho: ANuestro Padre...≡, yo nunca hubiera alcanzado el sentimiento de esta filiación; esta invocación nunca hubiera asomado desde mi corazón a mis labios. Solo creo en lo que toco, en lo que veo, en lo que se incorpora a mi sustancia y he aquí por qué tengo fe en Cristo≡³⁴.

En los caminos de la fe, que Dios quiere que recorramos cada uno de nosotros, el Señor pone compañeros de ruta, que nos hacen tocar a Dios, que nos acercan y humanizan la figura de Cristo, siempre íntimo y cercano a nuestras vidas, que nos permiten atisbar otros mundos divinos. Son prolongación del misterio de la Encarnación y de la gracia y triunfos adelantados de lo que nos espera a todos, si somos fieles y esperamos.

D. José Rivera, persona cristiana, que participa ya del triunfo de Cristo resucitado, -así lo creo yo- ha sido en nuestras vidas, en nuestra historia, también de este Toledo vetusto, que muestra cada vez más rostro de paganía, una señal de Dios, hecha de carne y sangre. Ha sido y sigue siendo compañero y maestro nuestro para conocer los senderos de la fe y de la gracia, de la santidad y de la Iglesia. Quiera Dios que sepamos aprovechar esta gracia, sabiendo vivir en el horizonte de la eternidad y de la entrega total y personal, de la que él nos ha dado gozoso testimonio:

ALas actividades, los minúsculos artefactos, como esquemas y similares, no me atraen. Y no obstante, debo ejercitarlas y construirlos. La mañana se me irá en cartas y escritos... Las visiones altísimas, que tanto me placen, no pueden ser fruto de persecuciones personales, propias iniciativas, sino también añadiduras. No se hace

³⁴ F. Mauriac, *Obras Completas*, III, Plaza y Janés, Barcelona, 1967. Pag 19.

la felicidad humana acosándola, rebuscando los objetos que estimamos capaces de suministrárnosla, sino dejándose buscar y hallar por Dios y El nos dará consigo mismo. Vivir en el misterio del Amado. Correr empujados por su Aliento. La puerta de la felicidad se abre hacia afuera³⁵.

Que a todos nosotros se nos abran, cuando el Señor quiera, las puertas de la felicidad hacia el afuera de la eternidad dichosa.

³⁵ Diario 4 de Octubre de 1972

CLAVES PARA LA RENOVACIÓN DE LA IGLESIA

Por Demetrio Fernández González

El trato con don José Rivera nos ha enseñado muchas cosas. Una de ellas, y quizá de las más importantes ha sido el amor a la Iglesia, un amor apasionado hasta dar la vida por ella. En don José he visto plasmada la actitud de Cristo con relación a su Iglesia, que nos recuerda san Pablo en la carta a los Efesios, cuando está hablando a los casados de cuál ha de ser su amor mutuo:

AMaridos amad a vuestras mujeres, como Cristo amó a su Iglesia y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, purificándola mediante el baño del agua y de la palabra, y presentársela resplandeciente ante sí, sin que tenga mancha ni arruga ni cosa parecida, sino que sea santa e inmaculada≅(Ef 5, 25-27)

En don José he percibido, y espero de Dios que me haya contagiado algo de su espíritu, ese amor apasionado, como el que siente un esposo por su esposa hacia la Iglesia de Cristo, nuestra Madre. Amor que se enciende más y más cuando constata la propia rémora de sus pecados o los anquilosamientos de los pecados ajenos, e incluso en las instituciones de Iglesia.

Don José Rivera ha amado a la Iglesia hasta dar su vida por ella. Ha cantado las bellezas de esta esposa, ha sufrido por ella, le han dolido sus arrugas y sus manchas. Y movido siempre por ese amor ha gritado la urgencia de una renovación que debe venir desde dentro, porque es en su seno materno donde la Iglesia tiene jugos abundantes para nutrir a sus hijos e iluminar la ciudad terrena con la luz del Verbo Encarnado, su esposo.

APIenso que hoy podré recibir luz, para orientar en buena parte mi vida futura. Pienso que, como nunca, inicio este año, de capital importancia, el 65 año de mi vida de bautizado -mañana se cumplen 64 de mi bautismo- con visiones cristianas, ministeriales. Jamás me he sentido tan "integrado" en la Iglesia UNA, SANTA, CATÓLICA Y APOSTÓLICA...

Jamás he sentido tanto su enorme anchura y su longitud, a lo largo de lo que llamamos tiempo, para confirmarse en lo que llamamos eternidad. Y jamás he tenido tanta consciencia de la universalidad de la Iglesia, en cuanto al número de sus miembros; ni

en cuanto a la totalidad de miembro de cada persona humana. Por ello, experimentando la plena unidad de ambas tendencias, que sólo son diversas a la mirada estrecha del hombre natural caído, creo que debo recalcar, con mucho vigor, la inclinación al estudio (meditación de los textos y signos en la oración; reflexiones más y más detenidas, sobre los acontecimientos menudos y grandiosos; estudio en su significado corriente: acceso a los libros de los "entendidos" en las diferentes materias) y la inclinación a la oración (litúrgica, contemplativa, en su sentido de "silencio", vocal, rosario, ángelus...) y a la abnegación. Más minuciosidad en mis realizaciones, sobre todo en las relaciones personales. V.gr. insistencia en la agenda y en el examen. Y todo con referencia explícita a los dos puntos más altos -más elevados y más hondos- de la vida espiritual: la Misa y la confesión como penitente≡(Diario 1 enero 1990).

En una época en la que muchos dejan la Iglesia, porque les parece fea, vieja, obsoleta, retrasada, es preciso dejarse aleccionar por estos hombres de Iglesia, que al cantar las bellezas de la madre y de la esposa, no ignoran, sino que denuncian con amor, sus defectos más notables para que todos nos dejemos renovar por su dinamismo interno y sepamos renovar el chasis despostillado y viejo que a tantos les repele.

En línea con esta actitud, me ha alegrado mucho la valentía con que el Papa Juan Pablo II ha exhortado a toda la Iglesia a que, con motivo del Gran Jubileo del año 2000, que estamos celebrando, seamos capaces de hacer un sincero examen de conciencia, a nivel personal y a nivel institucional, para dejarnos renovar por la gracia abundante del perdón de Dios en este año de gracia, el año 2000. Dice el Papa:

A(La Iglesia) no puede atravesar el umbral del nuevo milenio sin animar a sus hijos a purificarse, en el arrepentimiento, de errores, infidelidades, incoherencias y lentitudes. Reconocer los fracasos de ayer es un acto de lealtad y de valentía que nos ayuda a reforzar nuestra fe, haciéndonos capaces y dispuestos para afrontar las tentaciones y las dificultades de hoy≡(TMA 33).

El mismo Papa que continuamente nos habla de una nueva primavera para la Iglesia, puesto que ha recibido en el último siglo el don precioso y abundante del martirio en muchísimos de sus hijos, sus mejores hijos.

Ver esos defectos de los hijos de la Iglesia, sin desanimarse, sino, por

el contrario, sentirse más espoleado a dejarse trabajar y trabajar a favor de la Iglesia, ha sido para mí una constante, que nunca podré olvidar del siervo de Dios, cuyo proceso de canonización la Iglesia lleva adelante con tanta presteza.

Necesitamos hoy, hoy más que nunca, estos testigos, que nos hablan con su vida del amor a la Iglesia, y desde la Iglesia a todos los hombres. Testigos que ante las defecciones y las apostasías de muchos hijos de la Iglesia, se sienten en el deber de arrimar el hombro y comprometer su vida. No hay empresa humana que tenga mejor garantizados sus resultados finales. La Iglesia, el apostolado en ella, el compromiso con ella son hoy día la mejor inversión que podemos hacer, con la esperanza cierta de una eficacia que durará para toda la eternidad.

No es momento de abandonar la Iglesia, ni tampoco de lamentarse porque ha perdido influjo en la sociedad en que vivimos. Es momento de dejarse vivificar por el Espíritu Santo que vive en ella, por la linfa de su gracia que circula por su interior, por la maternidad de María que nos acerca a Jesús. Es el momento de ser más eclesiales que nunca. Y encontrar tiempo, sacándolo de donde sea para trabajar a favor de la Iglesia.

)Cómo hacerlo? Veamos algunas claves de esta renovación. No pretendo ser exhaustivo, porque el objeto de esta charla es entretenernos con una persona querida, el siervo de Dios José Rivera, y recordar algunas de sus lecciones.

I.- LA IGLESIA SANTA NOS HACE SANTOS

Sólo en la Iglesia podremos alcanzar la santidad a la que Dios nos llama. Sólo alimentándonos de los jugos maternos de la Iglesia llegaremos a un desarrollo robusto en las virtudes. La Iglesia santifica a sus hijos con los sacramentos, que Cristo ha instituido, con la Palabra que Dios le ha dejado en depósito vivo, con el testimonio de sus mejores hijos los santos, con su magisterio y su doctrina, con la encomienda de tareas que nos hacen crecer hasta dar la medida de Cristo.

No basta con que la Iglesia sea capaz de santificarnos. Es preciso además que nosotros seamos conscientes de esta posibilidad en nuestra vida. Es preciso que creamos en esta llamada a la santidad, en la que tanto ha insistido el concilio Vaticano II.

La llamada a la santidad, percibida desde la

niñez

Don José considera como una gracia especial del Señor haber mamado en su casa este tono de santidad en el que vivían sobre todo sus dos hermanos mayores (Antonio y Carmelina), sus padrinos de bautismo.

Esto dicho así suena a color de rosa, pero que se lo pregunten a sus padres, lo rebelde que era el niño. Lo digo para los padres que educáis a vuestros hijos, o para todos los que tenemos una tarea educativa. Es preciso realizar esta tarea educativa con mucha esperanza, es decir, sabiendo que producirá su fruto, como ahora constatamos en el caso de Pepe. Cuando él era niño, para sus padres supuso un serio problema soportar sus rabietas o contradecir una voluntad caprichosa. Sus padres estaban preocupados porque les desbordaba la educación de este hijo tan vivaz, y por ello tan rebelde. Padres, no rebajéis la esperanza en la educación de vuestros hijos: están llamados a ser santos, y hay que ofrecerles los medios para ello.

La muerte heroica de Antonio, cuyo proceso de canonización continúa inconcluso, dio un tono heroico a los habitantes de la casa de Plaza de Santa Isabel, 2. Pepe no pudo resistirse a ese tono. A él que le gustaban por naturaleza las gestas heroicas de los clásicos, a los que devoraba con sus continuas lecturas. Muchas personas han influido en el camino hacia la santidad de Rivera. El testimonio de Antonio ha sido uno de los más decisivos. En él veía la santidad al alcance de la mano. No nos extraña que el Papa se afane tanto para proponernos santos de nuestra época y a nuestro alcance. La santidad no es algo mitológico del pasado, es algo del presente. Vivimos y convivimos con santos. Más aún, hemos de mirarnos unos a otros como llamados a esta meta de la santidad, y por eso vale la pena ayudarnos para alcanzarla.

La labor constante y paciente de su hermana Carmelina, que sagazmente buscaba los mejores influjos para su ahijado, fue un elemento determinante de esa primera conversión hacia los 16 años, que ya venía fraguándose desde la infancia. Ella le puso en contacto con santos sacerdotes, le llevaba a reuniones de seglares encendidos y entregados, le iba formando delicadamente su conciencia. Él reconoce a lo largo de su vida el positivo influjo de su madrina en este camino hacia la santidad.

AJuzgo que, tan ininterrumpida continuidad en el deseo de santidad, tiene que ser signo infalible de vocación -y especial- a ella. Creo que he sido realmente llamado a ser consolador de Cristo, al

*trato constante con El; a ser *el hombre que se mantuvo en la brecha+ para defender a la Iglesia (Diario, noche del 13 al 14 junio 1961).*

AEn cualquier estado que me haya visto, no han pasado tres meses seguidos, sin que se me ocurriera alcanzar la santidad, ni aun sin trabajar algo por lograrlo. Y esto a partir de los 9 ó 10 años, o tal vez antes.

AMe siento de nuevo amado por el Padre, por el Verbo... lleno de deseos de santidad... y esto es sencillamente maravilloso... Hace tiempo que me admira esto, pero ahora tengo más razón para maravillarme. Si llego a santo, (Qué ejemplo de la misericordia de Dios!

AEsta casi seguridad -que en sí es gracia extraordinaria- de recibir un día el regalo de la plena santidad. Jamás -ni en las peores circunstancias- parece que he renunciado a recibir la santidad heroica. "Aunque El me quite la vida, esperaré en El".

En este sentido no encuentro nada semejante, porque no veo biografía de santo alguno, en que se presente contraste tan intenso entre su amor y el desamor humano. Por cierto, ello no me suministra materia de soberbia ninguna. Lo veo clarísimo don suyo. (Diario, 3 abril 1972)

AUna vez más, se me saltan las lágrimas de mera ternura... Según me enternezco ante la perversidad ajena, me enternezco ante la bondad suya... Dios acabará su obra, (qué duda cabe!, y por algo desde siempre espero la santidad plena, la de los Agrandes≅ santos con arrastre para convertir a muchos. La humillación -(tan larga!- prepara indiscutiblemente la exaltación eterna. Más humilde, incomparablemente más humilde. Más dura también, en su proceso de realización. Pero maravillosa, y eso, eterna y eternamente fructuosa, vivificante≅ (Diario 20-V.1981)

Las citas podrían multiplicarse, y serán objeto de estudios de profundización en otro momento. Pero podemos decir, con sus propios testimonios escritos, que Rivera ha sentido la llamada fuerte a la santidad durante toda su vida, incluso desde antes de los 9 años

Una llamada siempre percibida, incluso en los momentos de oscuridad

Y esta llamada a la santidad ha ido siempre acompañada de una

esperanza superlativa, incluso en los momentos en que se sentía a ras de tierra, o porque constataba sus propias debilidades o porque Dios le hacía ver intensamente su miseria en contraste con la santidad y el amor de Dios.

Me detengo un poco en esto último. El drama de nuestra vida consiste en sentir por una parte esta llamada a la santidad, y constatar al mismo tiempo la propia miseria. En el caso del siervo de Dios este drama es descrito en páginas de su diario, que dejan conmovido al que las lee.

Don José, que sintió la llamada a la santidad en su vida temprana, no fue santo desde el principio. Sus exámenes de conciencia, muchas veces detallados en sus escritos, enumeran una serie de pecados de los que ha de confesarse al día siguiente. Un experto en los caminos del Espíritu, como era Rivera, no deja el examen de conciencia frecuente, incluso el examen particular. Y de tales exámenes, la necesidad de acercarse a confesar. Era pecador con pecados concretos, de los que se confesaba frecuentemente (una o dos veces por semana). Y aunque no fueran pecados mortales y normalmente ni siquiera veniales, para una persona que ama, el pecado es siempre un acto de desamor hacia la persona amada. Es decir, una ofensa a Dios, a quien uno quiere amar con todas sus fuerzas, y ve que no es capaz.

)Cómo afronta Rivera este drama? Con mucha esperanza. Después de una larga descripción de sus faltas y pecados, termina siempre esperanzado. Es más, los exámenes detallados le hacen esperar más todavía esa misericordia de Dios, de la que hablaré más adelante, y de la que es testigo en su atención a los pobres. A mi entender, las largas descripciones de su conciencia de pecado, no se deben a que sea cada vez más pecador, sino a la profunda experiencia de Dios que le hace ver el contraste de su miseria. Hay noches oscuras que no consisten sólo en verlo todo gris (en ello habrá probablemente un componente psicológico depresivo, que don José parece que nunca experimentó), sino que consiste en el agrandamiento de la propia miseria, al contraste con el amor de Dios, que se percibe más grande todavía.

Cuando uno ve así su propia realidad, no la ve extorsionada. Aquí está una de las diferencias de tal situación con la depresión psicológica. Si es Dios quien ilumina, no puede ser ilusorio ni contener ingrediente de mentira, sino que se trata de constatar la realidad misma de la propia vida tal como es. Venimos del pecado y somos objeto de un amor infinito por parte de Dios que nos conduce a la santidad plena. El contraste de esta realidad va triturando el propio corazón, hasta alumbrar un hombre nuevo. AUn corazón contrito y humillado tú no lo desprecias≅, dice el salmo 50.

Don José nunca se desalienta, no desespera de esa santidad, por muy mal que se vea. Don José se ve como un grandísimo pecador, tanto más grande cuanto más avanza en el camino hacia la santidad. Y no quiere decir que no lo fuera. El adjetivo Agrande≡ es un término relativo, incluso en su empleo superlativo. Y grandísimo es el desamor para con Dios cuando uno percibe de cuánto amor ha sido objeto.

Cuando uno es capaz de tales descripciones de su pecado, y, a pesar de todo, espera en la misericordia de Dios, tenemos la certeza de que ahí está actuando Dios sosteniendo la esperanza de aquel a quien quiere purificar con la luz de su misericordia.

A mi entender, aquí están las noches más oscuras del siervo de Dios. A don José no le asustaban las humillaciones, que a la mayoría de los hombres tanto nos espantan, ni le asustaban los fracasos pastorales, que probó en muchas tareas que realizaba. Recuerdo que me contaba en una ocasión que su sensación en las tareas pastorales era de fracaso, pero que eso no le desalentaba. Por cualidades naturales y sobrenaturales estaba por encima del qué dirán, y de ese desánimo que viene de las tareas exteriores.

Le aterraba, es decir, le producía terror (recordad que a él le gustaba explicar las palabras en su sentido exacto), decirle no a Dios o el no llegar a la santidad a la que Dios le llamaba. Y desde ahí, le espantaba la repercusión que su pecado pudiera tener en la Iglesia de Dios. No me extraña que se le ocurriera retirarse definitivamente a hacer penitencia, cosa que intentó varias veces en su vida sin conseguirlo. También el Cura de Ars lo intentó, y tampoco lo consiguió.

El principal enemigo no es el pecado, sino la mediocridad

A la luz de esta fuerte llamada a la santidad, y a la luz de la constatación de su propia miseria, que queda enjugada en la amplia misericordia de Dios para con él, se entiende que el obstáculo principal para alcanzar la santidad no esté propiamente en el pecado, sino en la mediocridad.

Aclaro esta distinción. Ciertamente, es el pecado el que se opone frontalmente a la santidad de Dios y a la participación de esa santidad en nosotros. Pero, puesto que somos seres progresivos y falibles (le gustaban estos dos adjetivos), Dios cuenta con nuestro pecado, del que nos va sacando en la medida en que confiamos en su gracia y le dejamos actuar en nuestro corazón. Por el contrario, la mediocridad es la aceptación consciente y voluntaria de esa situación de pecado, aunque sea sólo venial, como algo

inevitable e insuperable (Aqué le vamos a hacer≡, ADios me ha hecho así≡, Acon estos bueyes tenemos que arar≡...). La mediocridad nos instala fuera de la órbita de la gracia, fuera del dinamismo que conduce a la plenitud.

Por tanto, en el camino a la santidad, no es tanto el pecado, como la mediocridad lo que puede malograr esa santidad a la que Dios nos llama a cada uno.

Así lo percibe el siervo de Dios:

ACreo que entiendo mejor que nunca -y acaso ayude la lectura de S. Clemente (Pedagogo) que el peligro mayor del hombre es la mediocridad, es la sustitución de la acción del Espíritu Santo por las operaciones naturales, materialmente coincidentes con las divinas. Así el hombre no puede sentirse pecador. Y notar que el riesgo es más grave, cuando la coincidencia se produce en planos o zonas más valiosas (v. gr.: tiempo de oración, ejercicio de ayuda a los hombres)≡(Diario, enero 1977)

Al tema de la mediocridad dedicó la lección inaugural que como profesor de turno le tocó ofrecer en el Seminario al comienzo del curso 1985-86. La Fundación AJosé Rivera≡ lo ha publicado en el folleto n. 16 de su colección. A él me remito para la ampliación de este tema.

En la santidad de la Iglesia Madre

Esta santidad que se acrisola en las pruebas, y que debe superar sobre todo la mediocridad por la esperanza de la plenitud, se vive y se realiza en la Iglesia.

Ciertamente, mi santidad hace crecer la santidad de la Iglesia, y la santidad de la Iglesia es la que me va haciendo santo. Hay por tanto reciprocidad entre un polo y el otro. Pero el siervo de Dios, cuanto más va avanzando en la comprensión del misterio de la Iglesia, tanto más insiste Bhasta hacerlo machaconamente- en que es la Iglesia santa la que me santifica, y con la Iglesia es con quien debo colaborar para mi santificación y la de los demás. El testimonio de santidad que estamos llamados a dar no ha de ser Ami≡ testimonio, sino el testimonio de la Iglesia en cuanto tal.

La santidad no es un asunto privado, ni de mi propia iniciativa. Es asunto primeramente de la Madre Iglesia que me convoca, que me acoge, que me acompaña en todos los momentos de mi vida, que llega incluso hasta mi casa a través de la parroquia. Llegaré a ser santo, en la medida en que me sienta hijo fiel de la Iglesia Madre y reciba sus jugos maternos que fecundan

mi vida, a través de los cauces que Cristo ha establecido: los sacramentos, el gobierno de los pastores, el testimonio y la intercesión de los demás, mi plena colaboración en el apostolado.

Por eso, la santidad de una persona o las obras eminentes de un grupo de personas en la Iglesia (pensemos en una orden religiosa o en cualquier otra institución) carece de toda su eficacia cuando se presenta como algo en sí, como en abstracto, Aeste santo≡, Aesta institución≡, y no se presenta como lo que es: un fruto maduro de la fecundidad de la Iglesia Madre en la realización de su misión en la historia.

Este aspecto nos da paso al segundo punto, que quiero tocar.

II. LA IGLESIA DIOCESANA, LUGAR EN EL QUE VIVE Y CAMINA LA IGLESIA UNIVERSAL

Cuando decimos que Rivera ha sido un cura diocesano lo decimos con toda propiedad, que conviene explicar. Sacerdote diocesano es el presbítero que ejerce su ministerio en directa colaboración con su obispo, sin ninguna otra mediación carismática, y en directo servicio a los fieles allí donde el obispo le llama a colaborar, haciendo que los fieles concurran en la edificación de esa Iglesia particular en la que vive.

Por contraposición, entendemos al sacerdote diocesano, diciendo que no es un sacerdote religioso, perteneciente a una orden religiosa, aprobada por la Iglesia. El religioso sacerdote es sobre todo religioso, y colabora en la edificación de la Iglesia desde el carisma concreto que ha recibido su fundador. El sacerdote diocesano no se ciñe a ningún carisma particular, sino que alienta tales carismas haciendo que concurran en la edificación de la Iglesia diocesana donde vive.

No podemos olvidar que el presbítero diocesano, como toda persona humana, tiene su propia historia de salvación. Dios ha llegado a su vida a través de mediaciones concretas: grupos apostólicos en su juventud, sacerdotes o religiosos, con carismas particulares, que le han conducido a Jesucristo. De todo eso se sirve el Padre para darnos a conocer su amor. Y hemos de estar muy agradecidos a Dios por todo ello.

En este sentido el presbítero diocesano es siempre hijo de sus circunstancias eclesiales, a las que no tiene por qué renunciar, como no renuncia nunca a sus padres según la carne. Pero el presbítero diocesano no está configurado por estas paternidades, ni por las de la carne y sangre, ni por

las de la proveniencia eclesial. El presbítero diocesano queda configurado por su directa relación con el obispo diocesano y por su directa dedicación a los fieles encomendados para que éstos edifiquen la Iglesia diocesana.

Quizá en nuestro contexto diocesano de Toledo esta figura del sacerdote diocesano está hoy un tanto obnubilada. Como si la abundancia de carismas entre los presbíteros (bienvenidos tales carismas, si vienen del Espíritu) nos pusiera en peligro de olvidar el carisma fundamental que ese mismo Espíritu va suscitando continuamente para perpetuar la misión confiada por Jesucristo a los Doce. Me refiero al carisma fundamental del obispo con su presbiterio, que son constituyentes de la Iglesia particular, o de la diócesis. Es decir, es el obispo diocesano y su presbiterio apiñado en torno a él, el que ha recibido de Cristo la misión de sostener y difundir la Iglesia en un lugar concreto de la geografía. El pueblo de Dios, reunido en torno a sus pastores, constituyen la Iglesia santa de Dios, que en cada diócesis es la Iglesia una, santa, católica y apostólica, enviada al mundo para llevarle la Buena Noticia y realizar la salvación de los hombres.

Esto se ha realizado en la historia de la Iglesia con la aportación de todos, con la santidad de todos, con la concurrencia de carismas que han rejuvenecido a la Esposa de Cristo. Pero el riesgo que corremos hoy es el de dar más importancia a las formas carismáticas de vivir el sacerdocio ministerial que a lo esencial que hay que vivir, esto es, que somos colaboradores del obispo al servicio de una Iglesia diocesana y en la fraternidad sacramental de un presbiterio.

Don José también en esto es un ejemplo luminoso, que habrá que estudiar detenidamente. Don José vivió su diocesaneidad con mucha nitidez. Entre el obispo y él no había ninguna otra mediación carismática. Es decir no perteneció a ninguna de las asociaciones sacerdotales, que tanto abundan en nuestros días y tanto bien hacen a sus miembros. *Pastores dabo vobis* (25.III.1992) las define como Aotras inspiraciones≅ que pueden ayudar también, pero no duda en señalar la Apertenencia a una Iglesia particular como elemento calificativo de la espiritualidad del presbítero. En este sentido la `incardinación` no se agota en un vínculo puramente jurídico, sino que comporta también una seria de actitudes y de opciones espirituales y pastorales, que contribuyen a dar una fisonomía específica a la figura vocacional del presbítero≅ (PDV 31 b) Don José prefirió conscientemente insertarse en la diócesis a todos los efectos, no sustraerse de la misma para dedicarse a un grupo particular.

Y es que no entendió nunca la Iglesia como la suma de carismas, sino como una realidad anterior y más grande, por la que merece la pena dar la vida. Hoy (y en otras épocas también) hay mucha gente que por su grupo, por su asociación, por su carisma (reconocido o por reconocer) es capaz de dar la vida. No hay tanta gente de Iglesia que sea capaz de dar la vida por la Iglesia, sin más. Una de estas personas ha sido Rivera.

Los que entienden la Iglesia como el simple conjunto de carismas, como la yuxtaposición de distintas realidades y experiencias, que se unen como las piezas de un puzzle o como las teselas de un mosaico, tildarán a Rivera y a sus amigos como un carisma más en la Iglesia, yuxtapuesto a los demás. Y tendrán además mucho interés (más interés que los mismos interesados) en encuadrar a todos esos amigos en un grupo, porque ellos piensan que la Iglesia es la suma de grupos. No es eso. Rivera transpira por todas partes una concepción de Iglesia que abarca la totalidad, que se sitúa desde la universalidad. Y así es como presenta la exhortación papal *Pastores dabo vobis* al presbítero diocesano.

No pretendo con ello reivindicar para don José la totalidad de la Iglesia. Sería una arrogancia mía y un fraude al presentaros su postura. Pretendo simplemente situarle en esa totalidad, en esa universalidad, que nos libera de los particularismos que padece la Iglesia en nuestros días, y concretamente nuestra Iglesia diocesana de Toledo. Hoy necesitamos esta universalidad en nuestra Iglesia diocesana, rescatarla en los sectores donde se haya perdido. Y el siervo de Dios también puede ayudarnos a ello.

Rivera es ciertamente un hombre dotado de dones naturales y sobrenaturales abundantes, y con un gancho tremendo para suscitar discipulado. Pero ni para él ni para aquellos a quienes trataba, curas o laicos, quiso nunca Rivera proponer dedicación que no fuera la de la Iglesia diocesana a la que el presbítero pertenece, y en la que el laico ejerce su misión. Atención, laicos. El matiz diocesano de Rivera os será muy útil para ayudaros en la edificación de la Iglesia diocesana.

Quizá por eso entre sus Aclientes≡ asiduos había de todos los grupos y carismas de la Iglesia particular. Quizá por esta universalidad era compatible con todo tipo de grupos sin proceder ni pertenecer a ninguno de ellos. No tanto por su neutralidad (como si no fuera de ninguno), -(en la Iglesia no existe la neutralidad!-, sino por situarse en un nivel más hondo, el de la fontalidad del sacerdocio ministerial en íntima comunión con el obispo diocesano, que hace sintonizar con todos los carismas que el Espíritu Santo

suscita, sin dejarte aprisionado por ninguno de ellos.

Otros entenderán su servicio a la Iglesia desde otros prismas, y para ellos el carisma particular será preferente en su dedicación y en su vivencia. En la Iglesia también son necesarias estas personas. Y gracias a ellas la Iglesia ha mantenido su juventud evangélica. Pero Rivera no fue así, ni debe ser interpretado así. No hay desprecio a nada en esta postura. Hay una opción positiva de dedicar su vida a la construcción de la Iglesia diocesana, en comunión estrecha con todo el presbiterio, subordinado a su obispo, y en dedicación entusiasmada a esta Iglesia particular, que es la diócesis de Toledo, *A...a la que he pertenecido siempre* (Diario 4.IV.1990). Para él esta pertenencia es traída aquí como un timbre de gloria.

Creo que vivió como pocos el XXV Sínodo Diocesano, en su preparación y en su desarrollo, y para cuya clausura ya había consumado su entrega. (El Sínodo diocesano comienza su 10 etapa de preparación en febrero de 1987, es inaugurado en enero de 1990 y se clausura en noviembre de 1991). Veía en este acontecimiento eclesial una gracia singular de Dios para nuestra diócesis, que de ser aprovechada supondría un avance notable en su renovación interior, y de ser desaprovechada, tendría que ser reparada a base de mucha expiación.

ADía 15 de Enero. (90)

Oración de 4,30 a 7. "Mezclada" con lectura... relectura, meditabunda, del libro de Bouyer.

Mis últimos estudios sobre la Iglesia, que abarcan ya abundante lectura (Antón, Gréa, Newmann, Bouyer, Maritain...) se manifiestan muy fecundos en mi propia vida individual, y en la exuberancia de ideas pastorales. No cabe duda de que el punto de vista explícito, desde el cual contemplo las realidades, es el más adecuado para dejarme elevar a la Verdad-Cristo-la Stma. Trinidad. Pues mis meditaciones sobre la Iglesia (Lubac, otro autor considerado largamente) brotan explícitamente del conocimiento de Cristo, y en El, del Espíritu Santo y del Padre.

La importancia del Sínodo diocesano. Para el crecimiento de la Iglesia en su totalidad, para su transformación genuina, es más

importante el crecimiento de una Iglesia particular, su purificación y robustecimiento, que multitud de consideraciones teológicas sutilísimas, aun exactas. Porque la Iglesia, el cristianismo, se propaga por testimonio... Y el testimonio sólo puede darlo la Iglesia diocesana dentro de la Iglesia, y con ella y en ella, al mundo circundante... aun en el tiempo: quiero decir, al mundo futuro, al de dentro de 20 ó 30 años.

Las condiciones del éxito. Y con esta nota indico simultáneamente, los peligros del fracaso (me refiero al fracaso real):

1) que lo inicien con vigor. Con aliento - (el Espíritu Santo!-; fundamentados explícitamente en la oración y el ayuno: el sacrificio. Pues sólo con actitud de oración estamos abiertos al Espíritu, y con sacrificio estamos siendo elevados por El. Una "campana" que puede tomar sus ingredientes de los textos cuaresmales... que el vigor procede inmediatamente de la esperanza expresa: con amplitud de ambiciones: la conversión auténtica de la Iglesia toledana.

2) Que se manifieste en las propuestas: no la multiplicación de organismos, sino el conocimiento de la realidad: sólo puede crecer la Iglesia por la actividad eclesial (jerárquica...) de los santos. Fijándose en los fundamentos reales de la Iglesia misma: la conexión con el Obispo, la oración litúrgica, la atención exhaustiva a los sacerdote en todos los aspectos; con el reconocimiento explícito de su función en la diócesis, y de su impotencia real, si no alcanzan una estatura espiritual adecuada. Que se patentice la calidad fontal de la mediocridad del cura, en el dinamismo del desplomamiento de la Iglesia.

3) Que se reconozca el valor

insustituible de la pobreza de la Iglesia, y de sus miembros más visibles, en el momento actual. Que se proclame con exactitud la llamada universal a la santidad: sin ambigüedades prácticas, intentando promover una idea falsa: evangelio... pero sin pobreza, sin cruz, con escasa oración, sin caridad visible, incisiva en sus realizaciones...

4) Que se oriente el apostolado por los cauces evangélicos: evangelización de los pobres: consecuencias concretas: señalar objetivos bien particulares: participación en la pobreza - convivencia siempre que se pueda - solución real y total de los problemas (económicos, educación, evangelización); evangelización confiada, con el objetivo tenido como muy próximo, de que sean ellos también evangelizadores, y precisamente los más cotizados - orientación a los centros más escandalosamente pobres: cárceles, grupos de drogadictos, alcohólicos, enfermos, gitanos... Y enviando a ellos a los sacerdotes que se manifiesten como más valiosos, de modo semejante a lo que recomienda reiteradamente Roma, respecto de los seminarios.

5) Que todo esto se haga con amplitud diocesana, pero teniendo en cuenta, ante todo, la estructura de la Iglesia actual; prescindiendo de si un día, próximo o lejano, hubiera que variarla en algunos aspectos: diócesis, arciprestazgos, parroquias... y sólo en último lugar, (que todavía es honrosísimo!, movimientos apostólicos o devocionales...

Cuidar mucho el error que siempre acecha: multiplicar organismos, minúsculas estructuras, con personas inadecuadas. Marcando las orientaciones, comenzar con lo que tenemos. Si no se pueden vivificar más que dos arciprestazgos, que no se vivifiquen más que dos...

Y pedir, pedir por la pureza de corazón de los sinodales...≡(Diario, 15 enero 1990).

Rivera se nos presenta como un ejemplo notable de sacerdote diocesano, e inculcaba continuamente este talante a sacerdotes y seminaristas. Podría haber fundado una asociación sacerdotal, de las que la Iglesia alienta para la santidad de sus sacerdotes, y que tanto bien hacen a sus miembros. Podría haber puesto en marcha todo un movimiento eclesial, en el que se incluyeran laicos y personas consagradas. Carisma no le faltó. Santidad tampoco. Discípulos tampoco le hubieran faltado, creo yo. Pero no lo hizo y él explica por qué. El no hacerlo, no fue simple dejación, sino positiva elección a favor de la Iglesia diocesana

El vivir como sacerdote diocesano, nada menos y nada más, tiene sus riesgos, y tiene sus ventajas. Cuando un presbítero se siente llamado a esta dedicación sin reservas a la Iglesia diocesana, a la Iglesia particular que vive en Toledo, tiene que vivir su sacerdocio muchas veces a la intemperie y esto le acarreará posibles desamparos. Una familia religiosa, una comunidad establecida proporcionan también más seguridad psicológica. Rivera afrontó esos riesgos, y sufrió sus consecuencias, como las vivió san Juan de Avila en su tiempo. Pero la Iglesia diocesana encuentra en este cura un modelo de los que no abundan en el santoral de la Iglesia.

ASé que la empresa que contemplo, es la más importante posible: mucho más, por ejemplo, que fundar una orden; (Diario 4 noviembre 1986)

Acudo con frecuencia a la historia de los fundadores, para animar a las personas... Pero no trato de imitarlos lo bastante. No es que deba yo "fundar" la diócesis, que tiene su natural fundamento, establecido inmediatamente por Cristo, en el Obispo; pero sí he de colaborar con él, con el tono de los fundadores. El único proyecto posible en cada

diócesis, "Iglesia particular", ha de ser más "heroico" que el de cualquier orden religiosa, puesto que es el fundamento real e indispensable, insustituible, de la Iglesia como tal. Y eso es lo nuevo en la época, que es, al cabo, volver a los "orígenes"... (Diario, junio 1989)

Esta actitud positiva, y no ninguna otra de rechazo, es la que motivó que no fundara nada. Su opción era la iglesia diocesana, tal como viene estructurada por institución divina. Y todos los carismas recibidos personalmente los entendía como recibidos de la Iglesia y como vitalizantes de la Iglesia por este camino, que no es de menor importancia o tenor que las propias fundaciones de los fundadores.

La Iglesia también se renueva por el fortalecimiento de las Iglesias diocesanas. Más aún, la renovación de la Iglesia debe venir sobre todo por este camino. Eso es lo que Rivera ha vivido. Y eso es lo que Rivera sigue enseñando.

III.- LOS POBRES, FUNDAMENTO DE LA IGLESIA, ADESDE SU POBREZA≅

Los que hemos convivido con don José hemos apreciado cómo se acercaba a los pobres. Y cómo se acercaban los pobres a él. Ha sido una constante de su vida, desde que de niño bajaba con sus hermanos al río para socorrer a los pobres materialmente, hasta desatarse a favor de los gitanos en los últimos años de su vida.

La opción preferencial por los pobres que la Iglesia ha hecho propia Ade manera firme e irrevocable≅(JUAN PABLO II, *Discurso a la Curia Romana*, 22-XII-1984), y en la que el Papa tanto ha insistido, ha tenido en Rivera una concreción vivida. Se trata de una opción no exclusiva ni excluyente, pero es una opción verdaderamente preferencial, y la Iglesia ha de hacer notable esta

preferencia por parte de sus personas y de sus instituciones.

La razón de acercarse a los pobres es la caridad, no una simple compasión humana. El recuerdo de la enseñanza de Jesús: *Alo que hicisteis a uno de estos mis humildes hermanos, a mí me lo hicisteis* (Mt 25,40) le llevaba a don José ver y buscar el rostro de Jesús en los hermanos más necesitados: pobres materiales, pobres psicológicamente, y pobres por carentes de la gracia divina o de la luz de la fe. El pobre, visto así, no es un estorbo, sino que es la presencia cuasi-sacramental de Cristo, escondido en la persona necesitada.

Escuchemos una página de su diario:

*AEntiendo más y más, según pasa el tiempo, el amor a los pobres como actitud personal total del que ama, y total en la realización. Y dirigida al más pobre, y desde luego al *menos digno+ de recibir ayuda. Por lo menos, si se trata de misericordia y de testimonio. Con la salida en dilema: o pese a su dureza, el pobre acaba en converso y el testimonio vale particularmente por eficaz; o el pobre no muda de conducta, y el testimonio vale por la perseverancia del amor del amante...*

*En todo caso esta cuaresma voy aplicando la teoría, con atención absolutamente irracional... a los ojos de todos, a aquellos que *menos lo merecen+.*

Pero y ¿los que lo merecen? Evidentemente respecto de ellos tendremos que extremar también la atención; pero después, pues la misericordia es antes que la justicia; y el testimonio es primero de misericordia...

(Así se porta Dios con nosotros! Si un pobre merece atención, es imposible que no la encuentre.≅ (Diario 1989-90, 3-IV-90).

En don José Rivera, la opción por los pobres

no es demagogia, ni moda del momento. Ha entendido los signos de los tiempos en este tema y se ha puesto a vivir lo que durante toda su vida había atisbado. A los pobres no se les puede ayudar desde una postura de superioridad o manteniéndose en la propia comodidad y bienestar. No lo ha hecho Jesucristo, no lo puede hacer el discípulo de Cristo.

Nuestro señor Jesucristo, siendo Dios, se ha abajado hasta nuestra situación humana, ha entrado incluso en el mundo de nuestros pecados, siendo él inocente, y ha cargado con nuestras culpas. Nos recuerda el apóstol: AConocéis la generosidad de nuestro Señor Jesucristo, que siendo rico, por vosotros se hizo pobre para que os enriquecierais con su pobreza≅ (2Cor.8,9) Ese dinamismo de abajamiento, de despojamiento para unirse a la persona amada y elevarla al nivel de lo divino, es el movimiento del cristiano a quien urge el amor de Cristo por dentro. Jesucristo ha tomado nuestra humanidad, pobre y maltrecha por el pecado, y la ha elevado hasta la resurrección, haciéndola partícipe de la gloria. Por ese camino han de ir sus discípulos.

No hay, no puede haber caridad cristiana que no lleve al que la ejerce a vivir como el pobre a quien atiende, a despojarse -y mucho- de sus propias comodidades. Aunque todos vivieran cada vez mejor y en un estado creciente de bienestar, el cristiano tendería a hacerse pobre, a despojarse de todo, para parecerse a su Maestro. Pero es que, además, en la práctica muchas personas, hermanos nuestros, no tienen ni lo necesario para vivir. Es un insulto a los pobres que vivamos como vivimos, que vivamos de espaldas a esta realidad, y es un rechazo de la gracia de Cristo, porque Cristo quiere llevarnos a vivir como vivió él.

Cuando la caridad nos deja en el estado en que estábamos. Cuando damos de lo que nos sobra, o simplemente no damos (nuestro tiempo, nuestras

cualidades, nuestros dineros...). Cuando al ejercerla no perdemos nada de lo nuestro, esa caridad tiene muy poco de cristiana (si es que tiene algo), y puede fácilmente confundirse con los servicios sociales de una institución civil o de una ONG.

Ala Madre Teresa ha ido a la India para compartir la situación de los pobres más pobres. Yo puedo traer la India a mi vida, a mi casa...≅, repetía don José Y así fuimos viendo cómo se despojaba. Y desde su pobreza podía entender y compartir la pobreza de los demás, y ayudarles en sus necesidades incluso materiales. Los que frecuentábamos su despacho, no podíamos evitar la mirada a un conjunto de fotografías de niños famélicos, colocados en la primera estación del viacrucis. En ellos veía la pasión de Cristo prolongada en nuestros contemporáneos. Y a su lado una Dolorosa de Morales, representando la compasión de la Iglesia Madre.

*Alintensificar los aspectos en que avanzo. En pura contradicción, a veces, con toda la jarca queridísima que me rodea. Atender primero a los que a la vista se lo merecen menos. Esos, precisamente, o casi precisamente, atenderlos yo en persona. Tanto en el terreno espiritual como en el material. Son, por añadidura, las atenciones que jamás merecerán una alabanza por parte de nadie, ni de *mis amigos+.*

Insistir en lecturas que me presenten con viveza las miserias del mundo. Insistir en considerar las miserias -materiales, intelectuales, psicológicas, espirituales...- de quienes me rodean. La reiteración de la presencia, su continuidad, acaba por embotarnos la vista para advertirlas, el corazón para compadecerlas... X, X, X. Y luego... Estas vidas que, en uno u otro terreno, nos inducirían a pensar: ¿qué sentido

tiene la vida de esta persona en este mundo?. Notar que es capital esta consideración, pues por ahí, en sus extremos, es por donde se llega a la negación de la paternidad, al aborto, a la *eutanasia+. Si no reforzamos vigorosa, violentamente, tales estimaciones, el mundo éste se va a convertir, y muy pronto, en una selva de gorilas...

Por supuesto, el fundamento de la misericordia es la contemplación. Mucho más expresa, más frecuente, hasta llegar a formar un *ambiente+ que respira, de la misericordia de Cristo, del Padre, del Espíritu.

Y la consideración de la misericordia de la Iglesia: la que tiene en sí a lo largo de su historia - la que debe tener y que tanto echo de menos. (Diario 6 de abril de 1990)

Sólo el que ha entendido la misericordia de Dios para consigo mismo, y ello va acompañado de la experiencia de la propia miseria, sólo ése podrá tener misericordia eficaz para con los demás. El lo dice más bellamente:

ASi Cristo no fuera así ¿dónde estaría yo a estas fechas? Pienso que el objeto real y peculiar de la misericordia, en cuanto misericordia, es precisamente ése. La persona miserable, irremediablemente miserable. Las situaciones miserables. Ejemplos: en lo material: X, X... En lo psicológico: X, X, X...

En la misericordia cristiana entra un ingrediente nuevo: la eficacia.

Pues la misericordia de Cristo es omnipotente. Pero lo es como misericordia: es, pues, ejercitando la misericordia, largamente, pacientemente, sin panorama de redención humana, sin signos muchas veces.. signos de conversión, quiero decir, de mudanza... como fructifica. Unas veces sólo después de la muerte; otras veces al cabo de mucho tiempo,

cuando ya las gentes han podido reírse abundantemente de nosotros, hasta la deformación de las mandíbulas... O calumniarnos. Y por supuesto, negarnos toda ayuda.(Diario 7 de abril de 1990).

Don José entendía que la renovación de la Iglesia vendría por la actualización de los tres pilares en que se sustenta: **la eucaristía**, con todo lo que la rodea, **los obispos**, como comunidad fundamental de base, sobre la que Cristo ha fundado su Iglesia y los **pobres**, como sacramento de Cristo humillado que nos lleva a participar de su humillación para llegar a la gloria.

En otros lugares he hablado de la importancia fundamental de la Eucaristía en la vida del siervo de Dios, pues le fue concedida tenerla en su misma casa. Alguna referencia he hecho anteriormente al otro pilar, el de los obispos con su presbiterio diocesano. Pero, a mi entender, este tema de los pobres ha alcanzado en la vida, en la experiencia y en la doctrina del siervo de Dios, cotas que no he visto reflejadas en ningún otro lugar, y que merecerá la pena estudiar detenidamente en otra ocasión.

Como acabamos de escuchar, la renovación de la Iglesia tiene que enfilarse por estos derroteros, si quiere ser eficaz en el anuncio del Evangelio hoy. No bastan las glorias del pasado, que son muchas, ni los monumentos e instituciones que nos transmiten la santidad de épocas anteriores. La Iglesia hoy, nos recuerda don José, debe afrontar el reto de una nueva evangelización, que se apoya en la caridad hacia los pobres. Más aún, que busca a los pobres, porque ellos han de ser protagonistas de esa evangelización. El patrimonio de la Iglesia no son las obras de arte, que hicieron los creyentes de otras épocas, y que la Iglesia conserva para evangelizar. Curiosamente en nuestra época apenas se genera arte religioso. El patrimonio más importante de la Iglesia son los pobres, en frase del diácono

San Lorenzo cuando iba a ser martirizado en el año 261, y que don José gustaba repetir.

Don José vivió este aspecto con dedicación asombrosa, y eso le fue desgastando, hasta dejarle pelado y sin aliento, hasta que expiró. No permita Dios que olvidemos este estímulo y este acicate en nuestro despojamiento progresivo. Nos va en ello nuestra propia santidad. Más aún, corre peligro la eficacia de la evangelización en nuestros ambientes al día de hoy. Si queremos transmitir a las nuevas generaciones la lozanía del Evangelio, no salgamos de esta vía.

Cómo suspiraba don José por una Caritas Diocesana que, impulsada por el obispo, aglutinara la caridad de todos los fieles de la diócesis, y pudiera afrontar signos elocuentes de esa misericordia que viene de Dios y que interpela fuertemente el corazón del hombre. Cómo soñaba con que una ciudad como Toledo no conociera pobres materiales, porque hubiera suficientes cristianos que supieran acogerlos y remediar sus necesidades, empezando por las propias instituciones eclesiales. Cómo gozó al recibir la encíclica *Sollicitudo rei socialis*, (1987) que entre otras muchas cosas, plantea incluso el despojamiento de la Iglesia de su propio patrimonio a favor de los pobres, como algo que puede llegar a ser necesario, o incluso Apodría llegar a ser obligatorio (n.31g). Cómo sufría, y se indignaba, cuando constataba que los pobres eran despreciados por los cristianos o por instituciones de Iglesia.

ADía 15 de noviembre. Oración de 5,15 a 7,15.

Días de creciente indignación, ante las situaciones tremendas de los pobres conocidos, signo de las más tremendas aún, de los para mí ignotos, y sobre todo de la muy egoísta pachorra de los católicos en general.

Me ocurre un estudio sobre la indignación -la ira- en el NT. Fácil en sus primeras

líneas, aunque a la larga sería sobremanera laborioso, queriendo analizar etimológicamente, exegéticamente, los probablemente abundantes textos, que expresan los gestos de ira de Cristo y de los apóstoles y primeros discípulos.

La exasperación confrontada, y aun armonizada con la compasión, todo asumido en las virtudes: misericordia y fortaleza.
(Diario 15-noviembre-1989)

El tema de los pobres en don José no era teoría o frases bonitas, como las que puedo yo estar diciendo ahora. En él esto era vida, era ejemplo, era estímulo para todos los que le rodeábamos, aunque muchas veces Blo confieso humildemente- no le entendíamos. La opinión pública, que nunca es un baremo absoluto de referencia, pero que no debe ser despreciada, le conoce sobre todo por este tema. El diario YA-Toledo le concedió a final del año 1991 por votación popular el premio al personaje más conocido de Toledo, y precisamente por su dedicación a los pobres. Las entrevistas que en estos días (y en ocasiones anteriores) nos hacen los medios de comunicación acerca de don José, nos preguntan siempre por este tema de los pobres en su vida. Es como si los destinatarios de tales medios demandaran estas noticias, que en don José van unidas a otros aspectos, que ya hemos señalado.

)No consiguió mientras vivía a este lado de la muerte suscitar todo un movimiento de caridad, que le llevó incluso a entramparse para atender casos concretos, que gracias a él quedaron integrados en la sociedad?)No le dábamos con gozo hasta la paga extraordinaria cuando todavía faltaban varios meses para cobrarla?)Era sólo por complacerle a él? No, lo que nos arrastraba y nos debe seguir arrastrando era su ejemplo de caridad, su vida despojada, que no podía dejarnos indiferentes.

Si la Iglesia tiene tanto interés en promover

la causa de canonización de este siervo de Dios,)no será porque Dios nos está diciendo a nosotros hoy: Aseguid por ese camino≅? Vuestra caridad, aunque sea pequeña, suscitará la caridad de otros. Y puesta en acto, impulsará esa espiral de amor de la que nuestro mundo está tan necesitado.

)Verdad que nos sentíamos contentos cuando don José se ponía pesado, para sacarnos (aún contando con nuestros gruñidos), una ayuda para los pobres? En este como en los demás temas que he tratado, su única aspiración era que este testimonio no fuera de una persona que le da por ahí, sino que fuera el testimonio de una Iglesia, que tiene fuerza en sus entrañas para hacer que sus hijos vivan como vivió Jesucristo. Una Iglesia que tiene esta energía, es una Iglesia que tiene futuro.

Que el ejemplo de caridad de don José nos lleve a dar la vida, como lo hizo Jesucristo, como lo han hecho, movidos por El, tantos santos a lo largo de la historia.

CONCLUSIÓN

ACristo sí, Iglesia también≅. Así reza el título de un libro de hace pocos años. Hoy asistimos al fenómeno masivo, es decir, generalizado en nuestros ambientes de abandono de los hijos de la Iglesia, Aal lento suicidio de un pueblo≅ en frase de Menéndez Pelayo que don José aplica a la Iglesia. La descripción del derrumbamiento de tantas realidades que hasta ahora sostenían la visibilidad de la Iglesia no es fruto de una visión pesimista de la realidad. Don José lo ve, lo denuncia y propone soluciones:

AEs preciso vivir plenamente Ben lo interior y en lo exterior- las bienaventuranzas, para que el ambiente cambie. Es absolutamente cierto que las enormes calamidades actuales provienen del pecado del

mundo. Se precisa, pues, una embestida durísima contra la densa capa del pecado que nos envuelve. Y ante todo Bpero no entiendo un primacía cronológica- en mí mismo.

Deshacerme, cuanto antes, de todo bien no estrictamente necesario para el apostolado. Compartir realmente la miseria de muchos, careciendo de bienes, pasando hambre, sed, cansancio, sueño, frío, calor... dolores de enfermedades mal curadas. Todo como los míseros, los realmente indigentes de casi todo, a quienes hay que predicar las bienaventuranzas.

Estoy seguro de que solamente un movimiento así en la iglesia puede salvar la sociedad, iniciando una era de conversiones. Y hasta que yo haya alcanzado un nivel muy alto, en esta miseria humillante, no podré convertir a nadie≅ (Diario 15.III.1981)

No es momento de lamentos, ni de añoranzas de épocas pasadas. La Iglesia tiene más futuro que ninguna institución puramente humana de las que conocemos. Creemos firmemente que quien la ha instituido, nuestro Señor Jesucristo, está presente en medio de ella: *AYo estaré con vosotros hasta el fin del mundo*≅ (Mt 28,20). Cuando nos asomamos a su belleza interna, nos sentimos fascinados por la preciosa y maternal tarea que ella ejerce sobre nosotros, limpiándonos del pecado, acompañándonos en todos los momentos de nuestra vida, abriéndonos el misterio de Dios, presentándonos los mejores testimonios de humanidad que se han cumplido en nuestros hermanos los santos.

Pero toda esta belleza, que genera en nosotros entusiasmo, es decir, endiosamiento, necesita ser recibida y acogida por nosotros con la firme decisión de ponernos manos a la obra, empezando por cada uno de nosotros mismos. La Iglesia, decía Rivera, es como un taller de restauración de las mejores obras de arte. Al entrar en ese taller, de

pronto solamente veríamos cuadros rotos, trapos sucios, pintura y pringue por todas partes. Si preguntamos al director del taller dónde están las preciosas obras que allí se han restaurado, y que nos gustaría contemplar para ponderar la eficacia del taller que visitamos, nos respondería:

-Las obras restauradas están en el museo.

Pues eso, las obras restauradas están en el museo. Nosotros, los que estamos a este lado de la muerte continuamos en proceso de restauración. Las obras restauradas están en el museo, han pasado ya al cielo. Hay que asomarse a esas obras de arte que ha producido el Espíritu Santo para sentirnos alentados, cuando nos vemos rodeados de pringue, de pintura y de trapos sucios en nuestra Iglesia terrestre.

Don José Rivera es una de esas personas que nos abren las bellezas de la Iglesia, porque las ha vivido en su experiencia personal. Don José es una persona que se ha entregado por la Iglesia, y nos estimula a todos a hacer lo mismo. Don José es un fruto maduro de esta Iglesia diocesana de Toledo, a la que él ha pertenecido siempre.

**HOMILÍA EN LA MISA DE ACCIÓN DE GRACIAS
POR LA CLAUSURA DE LA FASE DIOCESANA
DEL PROCESO DE CANONIZACIÓN DEL
SIERVO DE DIOS JOSÉ RIVERA RAMÍREZ**

Santa Iglesia Catedral Primada, 21 de Octubre de 2000

1. Oficio del Obispo es santificar, por estar revestido del sacramento del Orden y ser administrador de la gracia del supremo sacerdocio, siendo testigo de la verdad divina y católica (cf. LG 25), para poder devolver al hombre de nuestro entorno la auténtica confianza en sus capacidades, recuperando el verdadero sentido de su existencia cristiana según la propia vocación.

Esta es la razón por la que he promovido el Proceso de Canonización del Siervo de Dios José Rivera Ramírez, sacerdote de nuestro Presbiterio, proceso que hoy concluimos en su fase diocesana. Desde él proclamamos que el Espíritu Santo ofrece a todos los fieles cristianos la posibilidad de que, en la forma de solo Dios conocida, se asocien al gran misterio del hombre que movido por el Espíritu aspira a la perfección de la vida cristiana por el seguimiento de Cristo.

Los Obispos hemos de promover la santidad de vida

2. Así, los Obispos, como afirma el Concilio, Aorando y trabajando por el pueblo, difunden de muchas maneras y con abundancia la plenitud de la santidad de Cristo \cong (LG 8), exhortando a la santidad en los diversos estados, para que cada fiel Acamine sin vacilación por el camino de la fe viva, que engendra la esperanza y obra por la caridad, según los dones y funciones que le son propios \cong (ib. 4).

Y prosigue el Concilio afirmando que Aen primer lugar es necesario que los Pastores de la grey de Cristo, a imagen del sumo y eterno Sacerdote, Pastor y Obispo de nuestras almas, desempeñen su ministerio santamente y con entusiasmo, humildemente y con fortaleza... puedan cumplir perfectamente el cargo de la caridad pastoral... hechos modelos para la grey (cf. IPdr 5,3)... estimulen a la Iglesia con su ejemplo a una santidad cada día mayor... Los presbíteros, a semejanza del Orden de los Obispos, cuya corona

espiritual forman al participar de su gracia ministerial por Cristo, eterno y único Mediador, crezcan en el amor de Dios y del prójimo por el diario desempeño de su oficio. Conserven el vínculo de la comunión sacerdotal, abunden en todo bien espiritual y sean para todos un vivo testimonio de Dios, émulos de aquellos sacerdotes que en el decurso de los siglos, con frecuencia en un servicio humilde y oculto, dejaron un preclaro ejemplo de santidad, cuya alabanza se difunde en la Iglesia de Dios. Mientras oran y ofrecen el sacrificio, como es su deber, por los propios fieles y por todo el Pueblo de Dios, sean conscientes de lo que hacen e imiten lo que traen entre manos; las preocupaciones apostólicas, los peligros y contratiempos, no solo no les sean un obstáculo, antes bien asciendan por ellos a una más alta santidad, alimentando y fomentando su acción en la abundancia de la contemplación para consuelo de toda la Iglesia de Dios. Todos los presbíteros y en especial aquellos que por el peculiar título de su ordenación son llamados sacerdotes diocesanos, tengan presente cuánto favorece a su santificación la fiel unión y generosa cooperación con su propio Obispo≡ (ib. 41).

Esto es lo que hemos podido apreciar en José Rivera Ramírez

3. La condición terrena en la que germina y crece la vida sacerdotal y sus exigencias de santidad encuentra la adecuada respuesta que hemos podido apreciar humildemente en José Rivera Ramírez, un Afumus sanctitatis≡ como una nueva y profunda vivencia que no se reduce a la simple búsqueda, sino al empeño decidido de responder adecuadamente a las gracias recibidas en su sacerdocio, de las que se derivan los testimonios de su vida que han marcado el ardor de su fe y virtudes cristianas.

Ahora la Iglesia ha de ir refrendando los testimonios ofrecidos voluntariamente en este Proceso por los testigos, poniendo de relieve el modelo personal de ser y de vivir la vida cristiana así como el ministerio sacerdotal del Siervo de Dios, su intensa vida apostólica e interior y de mortificación, Amediante el vínculo del amor, la oración y el trabajo común diario≡ (PO 8), como expresión viva de su ideal cristiano y sacerdotal, levantándolo de la postración, según aquellas palabras de Isaías: ALevántate y respandece, pues ha llegado tu luz, y la gloria del Señor alborea sobre tí≡ (Is 60,1).

Recordemos que Jesucristo no solo se ha limitado a llamar a sus discípulos a la familiaridad con El, sino con ella los ha enviado a todos los hombres: AId por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura≡ (Mc

16,15). Nuestra misión es en todos nosotros la misma: anunciar con palabras y obras la Buena Nueva, para iluminar con la Aluz resplandeciente que nace de lo alto..., a todos los que viven en tinieblas y en sombra de muerte... por el camino de la paz≡ (Lc 1,79).

Pero en nosotros, los sacerdotes, es más apremiante esta vida ejemplar y santa, como nos ha recordado el Concilio.

Aunque lo que Dios hace en el hombre por inefable es indecible

4. Desde nuestra condición de viadores nos encontramos en una situación deficiente a la hora de poner nombre a lo que el Señor hace de nosotros y con nosotros. Tampoco percibimos nítidamente sus comunicaciones, que nos brindan las virtudes teologales, más abiertas y confiadas en el camino activo que Dios nos muestra. Lo que El hace en el hombre es inefable e indecible, que no se percibe acabadamente en cosas tan subidas como son las experiencias de nuestros místicos.

De aquí que seamos conscientes de que, en este Proceso de José Rivera Ramírez, nuestro esfuerzo diocesano no puede ser completo. En lo sucesivo ha de quedar abierto a cuanto la Santa Madre Iglesia clarifique e interprete, para que todos nosotros lleguemos a conocer un poco más sobre esta experiencia de Dios en quien se le ha entregado y a quien él, sorprendentemente, se ha confiado.

Así para nosotros resulta difícil poner nombre a sus comunicaciones, valorar las situaciones vividas por el Siervo de Dios, explorar en su Diario personal todo el alcance de sus experiencias en las diversas etapas en que queda diseñada su vida. A esto responderá el ulterior y certero juicio de la Iglesia. Ahora a nosotros nos toca presentar nuestra aportación. Pero no pretendemos definitivamente discernirla. Nuestras afirmaciones no son fruto del cariño que la Archidiócesis profesa a José Rivera Ramírez, sino que nos revelan que el Señor está detrás de estos rasgos y testimonios sacerdotales, no en apariencia piadosos, sino que son secuencia del dinamismo y del amor personal del Siervo a Jesucristo Sacerdote, en su exigencia de adecuada respuesta victimal.

5. Mis queridos hermanos: Notemos que esta etapa que ahora se abre y que hemos estudiado con hondura es fiel trasunto de una vida oculta. Pero que marca con trazo vigoroso una evidencia, que ahí está: la fuerte afirmación y seguimiento a Jesucristo en su vida. Hay expresiones y urgencias del Espíritu al Siervo de Dios, amorosas y fuertes invitaciones de Dios a las que

responde con rendimiento que él ha asumido desde su humilde y convincente servicio sacerdotal a la Iglesia, dolorida por nuestras infidelidades. Dios se nos revela así `haciendo´ operativamente la vida del Siervo de Dios. Son éstas las coordenadas que cruzan su vida, en capacidad de darla como respuesta irreprochable y generosa al cerco de gracia sobre su vida sacerdotal, sin más salida que la que Dios le ofreció en derroche de amor absorbente y en angustiosa soledad cuando tenía derecho a esperar la ayuda de quienes contaba entre sus deudos y mayores. Como Teresa se refugiará cada vez más en Dios. AEs imposible -conforme a nuestra naturaleza a mi parecer- tener ánimo para cosas grandes quien no entiende está favorecido de Dios \cong (V 10,6), pues Aamor saca amor \cong (22,14). Que así sea.

ÍNDICE

FUNDACIÓN "JOSÉ RIVERA"**Cuadernos publicados:**

- N. 1: "José Rivera. IN MEMORIAM".
- N. 2: "José Rivera. TESTIMONIOS I" (Agotado).
- N. 3: "La Teología". 20 Ed.
- N. 4: "El Espíritu Santo". 30 Ed.
- N. 5: "La Eucaristía". 20 Ed.
- N. 6: "La Caridad". 20 Ed.
- N. 7: "Meditaciones sobre Ezequiel".
- N. 8: "El Adviento" (Agotado. Ver N. 18).
- N. 9: "Meditaciones sobre Jeremías".
- N. 10: "La Cuaresma". 20 Ed.
- N. 11: "Meditaciones sobre los Hechos de los Apóstoles".
- N. 12: "CARTAS I".
- N. 13: "Semana Santa". 20 Ed.
- N. 14: "Meditaciones sobre el Evangelio de San Marcos".
- N. 15: "La vida seglar".
- N. 16: "La mediocridad".
- N. 17: "CARTAS II".
- N. 18: "Adviento - Navidad" (Agotado).
- N. 19: "Jesucristo". 20 Ed.
- N. 20: "POEMAS".
- N. 21: Cuaderno de Apertura del Proceso Diocesano.
- N. 22: Cuaderno de Clausura del Proceso Diocesano.

Pedidos a: **FUNDACIÓN "JOSÉ RIVERA"**

Apdo. 307 45080-TOLEDO

La **FUNDACIÓN "JOSÉ RIVERA"** distribuye gratuitamente estos Cuadernos. Para los donativos, ingresar en:
TOLEDO, Banco Central Hispano,
C/C 0049-2604-41-1811068090

Toledo, 7 de Marzo de 2001